

LA IDIOSINCRASIA ESPAÑOLA

INCISOS AL MOMENTO

A cambio de grandes acontecimientos políticos y sociales con que saciar el apetito de reforma, sentido por las gentes de peso, y de producciones artísticas y actos espirituales con que deleitar a los que siguen la marcha ascendente del pensamiento, el halo primaveral trajo como desconocido y estupendo presente la hazaña del «Plus-Ultra»; hazaña que, la idiosincrasia española, ya en funciones en torno del fútbol y de la apertura taurina, ha subrayado como un guión memorable, digno de paridad con los que señalan el invicto españolismo de hace cuatro siglos.

Si no viviéramos persuadidos de que el pueblo español procede sobre los acontecimientos que llenan su vida por enormes descargas eléctricas, o sujeto a polares indiferencias, bastaría el caso marcado por el vuelo del «Plus-Ultra», para diagnosticar y creer que en la testa española apuntan signos de alarmante demencia.

Con tan simbólico atrezzo se ha representado el epílogo del raid Buenos Aires, con tan desmedida oficiosidad y entusiasmo populachero, que un poco más de presión en la válvula hubiera bastado para que el ruido y el movimiento se trocara de golpe en silencio y natural parálisis. Y es que por bajo de todo ese griterío, de toda la algazara, el hecho de cruzar por el aire el Atlántico no acusa relieve medular ni trascendencia orgánica.

La hazaña de Franco la registrará la Historia—si es que se detiene ante ella—como un simple episodio temerario. Un episodio realizado con toda fortuna, puesto que careció de espuela contrincante.

Lo verdaderamente sensacional que produjera un peso en el vacío de otras razas, una merecida glorificación española, hubiera sido que Franco nos obsequiase con un periplo de rutas desconocidas, parecido al que intenta descubrir rodeado de todo pertrecho científico el explorador Amundsen.

Sería motivo de gran alegría para nuestro pecho si en vez de asomar al rostro del héroe hispano la voluptuosidad del arrojo, se reflejasen en él las líneas de talla severa, imponentes de gravedad científica, que nos muestra la faz del valiente y sabio Amundsen.

Pero consolémonos de ello. Y no tratemos de empañar con pequeños incisos una tan justa y beneficiosa recompensa. Si no llegamos al Polo estamos en camino. Por de pronto nadie puede quitarnos de sumar al Plus-Ultra de Franco, el Plus-Ultra del volapié y el del puñetazo. Sólo falta para dar ocasión de regocijo a no pocos españoles marcar con todas las de la ley el Plus-Ultra de la patada.

Todos estos singulares Plus-Ultra, los han evocado ya las plumas del optimismo oportunista, todos los caracterizados de esterilidad mental.

Resumamos: Plus-Ultra en las calles, en los salones y en la Prensa; embrutecimiento en los aros taurinos; puñetazos en las pistas y puntapiés en los estadios campestres.

De uno y otro lado superficialidad, estupidez, masa sin contornos. Por todas partes ruido, banalidad, depresión de espíritu. Transición ideológica, crisis de juventudes austeras, chasquidos de columnas vertebrales.

¡Vida fácil...! ¡Sedentarismo...! ¡Adoración a la Santa Frivolidad...!

He ahí los puntos fundamentales, orgánicos que forman el triángulo de la gloriosa actualidad española.

DIEZ MINUTOS SOBRE MÉXICO

Nos toca venir a decir algunas palabras sobre México. Apenas hay quien no haya oído hablar de los exóticos reinos de actecas, toltecas y mayas y de las ruinas que nos presentan enigmas tan hondos como los del mismo Egipto. Que aquello es una vieja cuna de civilizaciones sutiles y admirables, eso es todo lo que puede afirmarse en ausencia de una hipótesis histórica, clara y comprobada. Y el misterio sigue sellado. País de misterio y de poesía por la tradición y país de asombro a causa de su naturaleza prodigiosamente bella, así se aparece en conjunto nuestro México. Pero también hay allí una Nación moderna, un pueblo vivo y en marcha caminando por una de las sendas más difíciles que ha trazado el destino. Senda difícil a causa de la naturaleza del terreno y a causa también de las condiciones sociales de nuestro momento.

Físicamente, México es como una gran pirámide alargada, plana y recortada en la cima, abierta hacia una extremidad y asentada entre dos Océanos. Toda esta masa terráquea, colocada dentro del trópico, pero elevada, en su mayor extensión en los aires, dispone de los climas más varios desde el ardiente de las playas, hasta el frío perdurable y templado de una altiplanicie más extensa que muchos Estados juntos de Europa. La parte más alta revela ciertas semejanzas con la meseta de Castilla; se producen allí el trigo y la lana; los hábitos son severos y la raza estirada y firme. En seguida descendiendo y ya a partir de las tierras que están a mil metros sobre el mar, todo se vuelve exuberancia de la naturaleza y de la fantasía; prodigio de sol y abundancia. Toda clase de peces, las más lindas flores y los frutos más ricos. Unos frutos que, si Europa los conociese, en seguida comprendería cuánto le falta para concebir el deleite de los sentidos. No vayáis a creer que sólo se trata de Ananas olorosas que suelen llegar por acá empapeladas y raquílicas; hay todo un reino que casi no ha venido: el chico zapote o níspero—aristócrata de las frutas—, acanelado, dulce, de raras esencias y cada uno con gusto propio; el mango sedoso, rico, amarillo dorado rojo; los bananos de cien tipos y de todas las dimensiones; las anonas de verde rugoso y de pulpa blanca, tierna y traidora; las cien variedades de naranja ardiente y los mameyes de ocre y rojo y los aguacates verdes y tiernos; los higos cargados de

miel y las ciruelas amarillas y transparentes como si hubiesen recogido rayos de sol; cuando carece de todo esto una civilización no puede estimarse completa. Y así también en los tipos humanos de nuestras costas, vivacidad, fuego, inspiración, contrastando con la grave apostura de los castellanos y los indios del altiplano. Toda una serie de oposiciones y de extremos; la sangre india y la sangre española; entre las tribus indígenas también, grandes diferencias de adelanto y de tradición; notables diferencias, aún en el mismo tipo étnico; oposición, también, de tradiciones y de hábitos que todavía no se confunden del todo, de indígenas y de criollos; diversas capas de cultura desde la tolteca legendaria hasta la contemporánea inquieta; culturas que no se han fundido jamás; temperamentos disímiles que van desde la más refinada intuición artística hasta la ignorancia y rudeza cabales, diferencia también de moralidad desde la dulzura varonil y cristiana de un Francisco Madero hasta la barbarie asesina de un sin fin de caudillos; el frío y el calor, el mal y el bien, la luz y la sombra, a tal extremo que, de antítesis, puede afirmarse que es el contraste el ritmo normal de nuestra vida.

Extraño sino diréis el de esa tierra de conflicto y de encuentro de tan disímiles corrientes, pero a poco que reflexionéis, quizás veáis que lo que ha estado ocurriendo en México tiene que suceder en forma aguda o amortiguada, con variantes estériles o fecundas, en todas las partes del planeta. Todas las naciones, en una u otra forma, tienen que sufrir, todavía, esa invasión arrasante y libertadora, confusa y fecunda de las maneras de los puntos de vista y los procedimientos de todas las razas. Las mezclas son inevitables. Lo que importa es saber aprovechar la riqueza de los factores que aporta cada época.

Para lograr que sea fecunda nuestra parte de la tarea humana, nos hacen falta, allá, muchas de esas cualidades colectivas de constancia en la acción, de tenacidad y de método que son el secreto del éxito de los pueblos europeos. Pero también es menester que pongáis atención en las dificultades extraordinarias que allá se oponen, provisionalmente, al progreso. Aquello, visto de cerca, os revelaría un paisaje incomparable, una naturaleza todavía más hermosa que lo que ha soñado la imaginación y espacio,

mucho espacio; costas sin término, cordilleras que arrebatan el aliento, ríos tan profundos y recónditos que todavía están empeñados en desdibujar y hacer de nuevo el mapa de la tierra; hoy agregan un plan a las superficies habitables y mañana arrastrarán sembrados y gentes... ¿Que no hemos hecho nada apreciable? ¿Que somos apenas un poco más que salvajes? No nos juzguéis apresuradamente; consultad con vuestros geógrafos; releed a Humboldt y a Beudant y a Eliseo Reclus; ellos os dirán que para domar aquellos elementos es menester de adelantos mecánicos que todavía no descubre el ingenio humano.

Y no sólo los elementos; no sólo la historia y la geografía, también el destino nos ha puesto, nos pone allí a prueba. Apenas consolidada entre nosotros la obra de la cultura latina, aparece en nuestras fronteras una raza que representa un concepto diverso de la vida y que está henchida de capacidad y de brío.

¿Recordáis los conflictos, las guerras que aquí se han librado sobre el continente y en los mares, para dar equilibrio al oleaje de dos poderosas corrientes en pugna, la francesa y la inglesa; la latina y la nórdica? ¡Pues allá el conflicto se ha seguido desarrollando pero sobre un escenario más vasto y con armas de gigante; perdura planteado en grande. En la angustia de la hora quisiéramos confirmar allá, ese lema novísimo que aquí, tanto ha costado, pero que resultó salvador, el «No pasarán del Marne», aplicado a todas las fronteras de México y a todas las fronteras de la América latina!

Pero también reconocemos que esas barreras armadas y esos linderos históricos sólo los imponen los pueblos sanos interiormente, unidos fraternalmente; libres cívicamente y virtuosos con virtud varonil, en su conducta privada. Por eso hacemos votos porque allá, arraiguen, porque allá prosperen y dominen; la igualdad económica, por lo menos la igualdad relativa que es menester para educar y fortificar a los pueblos y la vieja libertad fraterna de la revolución francesa... Por el momento, nos corroe una como maldición interna; tenemos casi tres millones de kilómetros cuadrados de superficie y una población de no más de quince millones de hombres y esta población no aumenta, todo lo contrario, en gran parte emigra; emigra en busca de mejores salarios y de más libertades. La guerra civil se enciende a menudo; las libertades palpitan un instante y luego se apagan y hoy es la tiranía y mañana el combate y de tanto temblar parece que se apaga la esperanza... Miles de vidas se gastan en dar el poder y quitarlo a caudillos que no traen más programa que el cañón de sus pistolas, ni la inteligencia les

alcanza para más. ¡Millones de mexicanos padecen y la responsabilidad de la América española entera, aun la misma responsabilidad del latinismo, pesa sobre nosotros, y se agita en nuestros corazones!

¿Qué es lo que puede hacer Francia delante de esta crisis pavorosa? ¿Qué es lo que podemos pedir de Francia, nuestra aliada espiritual, generosa, los días de nuestra independencia y en este instante, la más firme cabeza de la latinidad? Una estirpe orgullosa jamás pide, sino dones del alma; dones que siempre es lícito y aún grato compartir. Y entre todos los dones del alma, ninguno es más fecundo que el ejemplo de la virtud. La fidelidad de Francia a la idea democrática: he allí el más fecundo, el más necesario ejemplo para una América que, en sus horas de angustia, suele renegar de los más sagrados principios. El credo de libertades públicas intangibles, que ha hecho grandes a nuestros vecinos de América, que ha dado al sajón el dominio del mundo y que hoy en la mayoría de las naciones latinas es negado o es discutido; he allí el tesoro que debéis ayudarnos a salvar, si no queremos que la crisis contemporánea se convierta en el preludio de un desastre definitivo.

Con el pretexto de que se nos va a dar el orden o con el pretexto de que se van a repartir tierras, sin medios necesarios para aprovecharlas, en realidad para encubrir ambiciones perversas, se nos pide que renunciemos de la democracia y que entreguemos nuestras libertades en las manos de Dictadores de ocasión. Para justificar, para disimular los abusos de una facción triunfante o para consolidar el poder ilimitado de algún jefe, se nos obliga a sacrificar el derecho y el decoro. Y así vamos, de desastre en desastre y haciendo cada vez más difícil la obra colectiva. ¡El mundo latino está en peligro! ¡Y sus peores enemigos nacen de su seno! ¡El remedio no existe, si no está en nosotros! Y en esta noche del destino, Francia es la más capacitada para hablar y para dirigir moralmente. ¡Francia rebelde, victoriosa, recuerda que compartes con nosotros la responsabilidad de una cultura que todavía no da sus mejores frutos! Repite, pues, una vez más a México, repítelo a la América española entera, repítelo la vieja y escarnecida lección, la lección que nuestros rivales no pregonan pero practican, la lección de que nada es fecundo, si no lo inspira, si no lo sacude y conmueve el soplo sagrado, el vuelo irrefrenable de la libertad!

¡Otra vez, gorros frigos para la media América hispana que padece cadenas! ¡Que una vez más, revienten por allá las Marsellas!

JOSÉ VASCONCELOS

CASTILLA

I

LEÓN

Me levanto temprano para renovar impresiones estéticas ante este prodigio de piedra que se llama la Catedral de León. Acaban de sonar las ocho; el cimbalillo capitular llama a los canónigos de la vieja Santa María de la Regla para los cantos matinales. Enfrente de mi ventana, en el patio del hotel, sobre los tejadillos, sobresalen las agujas cresteras de las dos torres, altas y desiguales, de la Basílica.

Poca gente en la calle Mayor. Lucen unos geranios rojos en el bello balcón esquinado de la Casa de los Guzmanes. A lo lejos, limitando una calleja transversal, se columbra el lienzo negruzco de una enorme casona solariega. Abren sus tiendas los comerciantes con estrépito. Y el sonoro cimbalillo sigue trezando en el silencio de la mañana los alegres tañidos de su bronce.

Yo estoy en la plazuela, ante el pórtico primoroso de la Basílica. Las arcadas apoyan su ojiva sobre pilares aislados y redondos. Las estatuas, peanas y doseletes se agrupan, llenas de gracia, bajo la portada. Santa María de la Blanca, coronada, con su niño Jesús en el brazo izquierdo, sonríe presidiendo su corte peregrina de apóstoles barbudos, profetas pesimistas, reyes vanidosos y santos humildes, desde el trono de su columnata gótica. El adusto ceño de estas estatuas, la expresión, la fisonomía, el vestido, contrastan grandemente con la alegría de la plaza, soleada por este sol mañanero y alegre, que da a las cosas una transparencia de cristal.

Antes de penetrar en la iglesia me detengo en el testero de la puerta. Las figuras de este juicio final, tallado en piedra, han llenado otras veces mi espíritu de emoción inefable. He aquí el Supremo Juez, con su diadema en la cabeza, airado, ceñudo, adusto, con los brazos extendidos enseñando las llagas de su pasión en el Calvario a los protervos y pecadores; he aquí dos ángeles que le custodian, y Santa María, y el discípulo amado, pidiendo al buen Jesús que deponga su ceño y perdone a los mortales que pecaron. Y debajo, ángeles y arcángeles, serafines y vírgenes del yermo, penitentes y obispos doctores escuchan la sentencia, mientras a la izquierda espantables demonios arrojan a los protervos en calderas hirvientes. En ellas

les tragan y vomitan monstruos horriblos de muy difícil clasificación zoológica.

Ya estoy en el templo. La luz mañanera entra de lleno en las naves a través de la policromía de los cristales. Muy pronto pierdo en la Basílica toda noción de gravedad. Los delgados y esbeltos pilares, las columnas adosadas, los nervios delicados, los rosetones de piedra, parece que se desprenden de la tierra, que no están sustentados en ella, que son de humo, que son de fuego, y que ascienden hacia lo infinito, como asciende una hostia en las manos de un sacerdote, en el momento del sacrificio. El órgano llora en estos momentos las tristezas de David, zumbando roncamente lamentaciones centenarias, mientras la iglesia, globo de cristal, asciende con nosotros por los cielos, depurándonos de toda suerte de escorias terrenales.

Rezamos en la iglesia. Nuestra plegaria, envuelta en el incienso de nuestra emoción, nos lleva a un paraíso de luz y de cristal, donde las cosas no proyectan su penumbra, donde los ángeles caribobos sonríen con gestos aññados; donde las Vírgenes del Señor nos cogen de la diestra para enseñarnos un camino nuevo. Esta iglesia tiene su perfume, su encanto, su alegría, su optimismo, su niñez perenne. No tiene paredes, no tiene muros, no tiene cimientos la Catedral de León. La piedra en ella no es fruto ni flor. No es siquiera piedra. Es anhelo, gloria, ansia de eternidad y de vida.

Y ya no veo, ya no sé definir mis impresiones, ya no sé percibir la elegancia, la esbeltez, la gallardía de sus tres naves caladas, de su bóveda arrogante y desafiadora, de la graciosa galería de su triforio. La línea de las ventanas bajas, coronada por un antepecho plateresco, es, en estos momentos, una raya cegadora, donde el haz de rayos solares se descompone en vetas rojas, amarillas, añiles, azules, verdes, que encincha la iglesia de cristal, iluminándola, alumbrándola, quemándola, como si el padre Sol no hubiera venido a la tierra más que a besar ardorosamente a su hija predilecta, que extiende por los hombros de su fachada, ahí fuera, sus cabellos rubios y esplendorosos.

Me siento en un banco gozando de la frescura de la hora y de esta grata disposición que presta al ánimo la fragancia del momento. Un clérigo dice misa en uno de los altarcitos laterales. Los canónigos siguen lanzando al aire sus notas guturales y lar-

gas. Una devota lee en un devocionario atentamente. Unos ingleses, seguidos de un cicerone singular que ya conozco, curiosean el trascoro de la Basílica.

Sigue diciendo su misa el sacerdote. Ora te, frates... Esta misa, con esta paz, con esta transparencia, con esta cegadora luz estival, es de un hechizo inefable. El sacerdote, contagiado de la hermosura del lugar, da al rito una solemnidad austera y conmovedora. Apenas tiene oyentes. La iglesia, a medida que avanza la mañana, va ganando luz, y las naves se encienden en una hoguera que hechiza los sentidos.

Seguimos en el banco, prisioneros de la hora. Con estas catedrales españolas íntima y se familiariza inmediatamente nuestro espíritu. Toman cuerpo en estas iglesias mayores de Castilla los lamentos de las gentes que han venido a llorar sus cuitas a los altares silenciosos, los ayes de dolor de cien generaciones que se han apagado bajo estas naves con el bálsamo de la oración y el consuelo de la fe, los anhelos de esperanza y de optimismo que han nacido, como flores de emoción, en estos palacios encantados de cristal. Y oyendo el órgano, respirando el perfume del incienso, brota del alma el sentimiento religioso que vive apagado en ella, el sentimiento religioso, que no es otra cosa que el reflejo de lo infinito en nuestro corazón, y nos sentimos anonadados ante la presencia del misterio que nos interroga.

¡Ay! En esta Catedral de León revive esta mañana mi espíritu alegrías pasadas, amarguras pretéritas, y ante el sacerdote que pide en este momento misericordia al cordero inmaculado que borra los pecados de los hombres, me desposo solemnemente, para siempre, con la fe. Con la fe en algo, con el entusiasmo, con el brío, con la mocedad, con la confianza en un ideal, en una persona, en una cosa. Triste cosa es que tengamos que refugiarnos, como Teresa, en nuestro castillo interior, contra las asechanzas de fuera. Triste cosa es que tengamos que vivir con los ventanales del espíritu herméticamente cerrados a todo linaje de confianzas. La Catedral de León baña el espíritu en optimismo y en fe.

Permanezco no sé cuantas horas en la Catedral. Y salgo contento de mí mismo, animoso, resuelto a no sé qué, oyendo una voz interior que me designa una misión, no sé cual. Fuera, en la plazuela, bajo los soportales fronteros a la fachada norte, un organillo desgrana las notas de una canción canallesca. Pero yo me he saturado de pureza dentro de estas naves y mi espíritu no percibe las estridencias de la tierra, y sueña despierto, con los ojos abiertos, por las calles de la vieja capital del reino de León.

II

CANDELARIO

JADEANDO

El auto jadea en la deliciosa ascensión. Cielo claro y nítido, la fábrica blanca de Navahonda, en un cercado el verde brillante del centeno, el más apagado de los castaños, el manchón zarco de la sierra. Y el riachuelo espumoso va describiendo un semicírculo, y la carretera va trazando absurdos zig-zags, y el auto del «pobre Lucas», jadeante, asmático, afirmando los frenos con destreza, inicia tímidamente los virajes, deteniéndose ante la violencia de las cuestas, que es largo el pobre auto, y el precipicio atrae, y es estrecha la curvatura, y empinado el camino, y difícil y peliaguda, como pocas, la ascensión.

Piedrecitas en las ruedas traseras. ¡Ajajál! El auto retrocede a treinta centímetros del abismo, se afirma y agiganta como Anteo al contacto de la tierra, se detiene de nuevo y avanza por fin, sorteando el continuo peligro. El chauffeur, atento a su volante, no se conmueve ante la blandura, ante la feminidad, ante la alegría austera y perenne del paisaje que tenemos delante de los ojos. Es el mismo paisaje de Béjar, más abrupto, más bravucón y más solitario. Aumentan los manchones de nieve en las crestas altas; los álamos, más densos, más tupidos que allá abajo bordean las riberas del riachuelo; los vallecicos, densos y umbrosos, son frescos y escondidos como las tierras vírgenes; los pájaros trenzan sus notas agudas y aflautadas en el silencio de la tarde. Y nosotros, hombres de llanura, sorbemos con deleite esta dulce poesía que nos envuelve, recordamos paisajes de tierras lejanas, comparamos, añoramos horas de mocedad perdidas, y de estas añoranzas y de aquellas comparaciones, surge el juicio ponderado de estos lienzos complejos y armoniosos de serranía, primitivos y decadentes al mismo tiempo, como almas de mujer.

Como almas de mujer, decimos. Y como almas de mujer que hemos amado y olvidado a lo largo de nuestra vida. El paisaje serrano tiene su piel, sus ojos, su gesto, su sonrisa, sus contradicciones aparentes, sus muecas, su parlería gárrula y deleitosa. Los penachos nevados son la poblada cabellera; la alfombra aterciopelada tiene para el tacto la misma sensación que frescas manos mujerieles; su coloración cambia a cada instante como ojos que saben espejar deseos no satisfechos y emociones que no han sabido colmarse en la realidad. Y la eternidad del paisaje es de la misma calidad que la de nuestras ansias. Por eso nos hundimos en su contemplación, y su personalidad diluye la

nuestra, y del olvido surge la compenetración, la identificación de nuestro espíritu con el de las cosas en estrecho y prolongado beso franciscano...

¡Ay! El auto nos torna a la realidad. Un puente, unos molinos blancos a la derecha; las aguas espumosas del riachuelo brincan y danzan alegremente entre las hendiduras rocosas de los pedregales.

El ronco y sostenido clamor de la bocina despierta a un carretero que ronca ante los abismos espatarrangado bajo el toldo de su carrito. El último virage, en fin. Y escondido, agazapado en un rincón—cinta lechosa en un fondo verde—el pueblecito de Candelario. Agua corriente en las callejuelas; pilones o romanas de lavaderos; muchachitas con su moñito hacia adelante, su serenero o esclavina verde, su corpiño, su faltriquera, los senos llenitos e insinuantes y su hablar mimoso y musical. En lo más alto del pueblo el campanario de la parroquia. Descendemos en una plazoleta solitaria. El agua de las calles murmura con estrépito...

EL HUERTO DEL ALCALDE

El señor alcalde está en el huerto. El señor alcalde ama la jardinería, sabe el nombre científico de las plantas exóticas, ha plantado un álamo gigantesco, ha hecho un parque francés simétrico y recortado, y posee la más linda colección de pensamientos que nosotros hemos visto en nuestras correrías. Los hay rojos, blancos, amarillos, negros, añiles. Unos ostentan dibujos monstruosos; otros el trazo de la luna llena; estos, líneas que se cruzan y entrecruzan formando figuras de difícil clasificación geométrica; aquellos manchitas delicadas y tenues, granulaciones pintorescas—añiles, anaranjadas, rojas—que se esfuman al más ligero contacto.

El huerto del señor alcalde está en lo más alto del pueblo. Y desde el huerto se otea la más peregrina visión. La sierra inicia su vecindad; desde el paraje el alcalde, en su doble aspecto de poeta y propietario, la contempla en este momento con fruición, a la sombra de un álamo copudo.

—El Sr. alcalde—nos dice nuestro amigo. Estrechamos su mano. El señor alcalde nos gana el corazón en seguida; nos va mostrando los arbolucos tiernos, recién plantados, con la tableta de su nomenclatura; charlamos de política. Y nosotros, representantes de un diario amigo de las instituciones, asentimos convencidos a los asertos de la primera autoridad del pueblecito de Candelario.

—Ya sé que es usted un grandé, un excelente amigo de su Alteza Real la infanta Isabel—le decimos.

—Su Alteza Real es muy simpática—nos replica el alcalde.

Y añade con una mueca de mal disimulado regocijo:

—Cuando voy a Madrid no necesito audiencia para visitarla. Y la augusta señora me honra sentándome a su mesa.

Ya no hablamos de botánica; los vallecitos de la sierra que tenemos delante de los ojos, se han convertido, ante la retina del señor alcalde, en el palacio de la calle de Quintana. Y contempla, ausente de su huerto, las garitas de los centinelas, la fuentecilla del patio, la amplia escalera de mármol, los sillones muelles y regalones de la sala de audiencia. Doña Isabel tiende gentilmente su mano al señor alcalde. Y embebido en su éxtasis, absorto, oye una voz recia y llena que le dice familiarmente:

—¡Hola, Paco! ¿Tú por aquí?

Hablamos todos de la Infanta: en Candelario, a la vera de nuestro amigo, gustó de los sabrosos yantares, que han dado tanta fama al pueblecito encantador. Y presencié una boda Su Alteza, sin olvidarse del presente para los novios. Y ponderó el paisaje con entusiasmo y sin reservas. Y las fuerzas vivas que la rodeaban, asentían a las frases de Su Alteza, diciendo el gobernador que era un sitio delicioso, añadiendo el Cardenal que el Marqués de Vega-Inclán se preocupaba del turismo, asegurando D. José Méndez, el diputado, que se inaugurarán pronto nuevos caminos vecinales. El señor alcalde, retornando de su ensueño, extiende la diestra ante los picachos fronteros y nos asegura con entusiasmo:

—Para mí que el viaje de Su Alteza tenía segundas intenciones. El día menos pensado nos visita D. Alfonso.

Recogemos pensamientos de tallos largos. Bebemos agua fresca, recogéndola en la palma de la mano. Abrimos el portón del huerto. El sol se va ocultando detrás de los picachos. El valle adquiere una coloración acerada, gris. Al soplo del viento, las copas de los chopos y de los castaños se mueven rítmicamente. Las calles de Candelario tienen el sabor de una aldeuca de Asturias; aleros y balconcillos de madera se destacan de la línea urbana; recios portones dan acceso a las viviendas; el agua de las rocas murmura alegremente, con estrépito.

El señor alcalde, ya querido amigo nuestro, nos hace la merced de ofrecernos su morada, para descansar unos momentos en ella.

Desde la terraza miramos el pueblecito a la luz del crepúsculo. Y es tan blanco, tan blanco Candelario en esta hora, tan bello, tan mimoso, tan recogido, que quisiéramos descansar en él—como descansó el fraile agustino en la Flecha—lejos de las locas baraudas y de los necios trajinares de este mundo artificial de políticos, gacetilleros y farsantes en que nos movemos, por leyes inescrutables del destino.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

ANDRÉS SEPÚLVEDA



En la generación de jóvenes dibujantes españoles de positiva valía, Andrés Sepúlveda, que desde hoy honrará las páginas de VERBA con su colaboración, ocupa un lugar destacado y preeminente.

El arte sutil, personal, de dulce humorismo a veces y de buen gusto siempre, que caracteriza al notable artista, es asaz conocido en España y América, pues que desde hace años constituye ornato de muy importantes publicaciones gráficas a las que aportó su firma destacada de día en día con creciente prestigio.

En una de esas revistas: «La Unión Ilustrada», que ve la luz en Málaga *la bella*—en donde nació y en donde vive el artista—vie-

ne dando, desde hace años, la interesante *galería artística*, que es una serie de caricaturas de las personalidades españolas más salientes del Arte, de las Letras y de la política.

Pero no para aquí la actividad de Sepúlveda, siempre superándose, pues que sabe interpretar todos los rincones de romántica belleza de la fértil Andalucía, los cuales transporta al lienzo y al papel, hasta el extremo de contar con una magnífica colección de estos dibujos.

Sepúlveda, que es de los que valen de verdad, conseguirá, a no tardar, el triunfo que merece. Peregrino de ideales y ensueños, sigue invariable su camino.

FRAY EJEMPLO (1)

I

Vagando por la iglesia de la parroquia de Lloredo, de donde era vecino desde que había llegado a la vida, y ya iba dejando atrás los sesenta años, Manín de Rosendo tropezó con una imagen que estaba muy rota y abandonada, y se consideró, como buen católico, en el deber de procurar su restauración, aunque después pareciese desvirtuar semejante disposición de ánimo con estas palabras:

—También fué una buena ocurrencia dejar así el santo, pues ya pudieron acabar con él de una vez o arreglalo como era debío.

Y tras de aquel sentimiento de deber pasó a la indecisión, sustituyéndola con la esperanza, que sus labios comenzaron a traducir así:

—Si le diese a un rapazuco por enredar con los cachos del santo y no pareciesen más...

Pero frenó de repente:

—¡Tente, Manín, que caes en el sacrilegio!

Tratábase de un hombre de elevada estatura, anguloso, con los ojos azules cargados de malicia, y las espaldas, si todavía un tanto recias, ligeramente encorvadas al peso de la edad. Decía que siempre vivía asomado a un ventanuco, expresando gráficamente la forma de su barba, que le corría por debajo del mentón como a guisa de barboquejo, mas ello entrañaba también un alarde de hombre cauto y avisado.

Ya había proclamado estas cualidades con la siguiente declaración de fe católica, formulada cuando, por andar en años de juventud, todavía no dejaba barba:

—Hago lo que me enseñaron mis padres, con lo que no me fué nunca mal; además, estando bien con Dios, no mira a uno mal el amo.

Declaración que, al acompañarla del sonar de las abundantes y relucientes onzas, en tiempos en que su cabeza ya se había tornado cana, corrigió como sigue:

—Nadie volvió de por allá a decir que no había Cielo, y, por si acaso, no estará de más cumplir como buen religioso.

¿Cómo, pues, se le acaba de ver orientado a una idea sacrílega, siquiera se haya detenido en seco? ¡Ah! Era que, en este caso, la fe suponía el alivio de peso de su bolsa, tanto más cuanto los vecinos de Lloredo no habían de contribuir—según lo hacían esperar algunos precedentes—al pago de la restauración de la imagen, justificándose, a la par que hacían protestas de ardiente y acendrado catoli-

cismo, con su mucha pobreza y sus numerosas necesidades. Unánimes en esto, también lo estaban en mostrar a Manín como el más indicado para cubrir las atenciones a costa de su repleto zurrón.

—No, ¡coyo!—se decía Manín tras de haber cedido en estos asaltos de que era objeto—; los cuartos vanse guapamente, y nadie sabe lo que espera a uno... «Que Manín pague esto... que Manín pague aquello...» No, ¡coyo!; que todos hagan por el dolor más o menos...

Pero véase cómo ahora fué él mismo quien se metió en aquel trance de considerarse obligado a procurar el arreglo del santo...

—Como haber, hay días malos—monologaba—; mas ¿por qué voy a ser yo el que se dé por enterao, y no haz eso el cura, pongo por caso?

En este punto advirtió que su cuerpo se inclinaba hacia la tierra, como queriendo rendirla el natural tributo, y no sobraría que hiciese él un sacrificio «por lo mucho que pudo haber ofendido al Señor».

Admitida la idea del sacrificio, pensó, a continuación, si éste exigía precisamente el desembolso de dinero, «pues él veía que si la cosa se lograba tomando por otro camín, no dejaría por eso de ser la misma cosa». Esto es, importaba el objeto, no el modo de conseguirlo.

De suerte que ya está en pleno sacrificio, por cuanto en su mente persigue el procedimiento de arreglar la imagen sin aflojar la cuerda de su bolsa...

E irguiendo el busto, chispeantes de alegría sus ojos, exclama:

—¡Recoyo! ¡Si ello no puede estar más claro ni ser más fácil!...

Y como llegase don Remigio, el cura párroco de Lloredo, le habló de esta manera:

—Dame pena ver así este santo, y si usted me deja, llévolo pa mi casa p'arreglalo.

—¡Hombre! No me parece mal la idea, por más que sería mejor entregarlo a persona competente.

—Eso costaría muchos cuartos, señor cura, y no me paez que se puedan juntar en la parroquia.

—¡Si apenas supone nada!...

Sospechando rápidamente Manín que se acercaba a «dale con la matadura», le detuvo así:

—Pues esa nada nadie la tien aquí, y yo ando ahora bastante mal, pues cogí ruinas co-

(1) Capítulos de la narración así titulada y que forma parte del libro «Pomarada Asturiana», recientemente publicado en la Colección Contemporánea de la Editorial Espasa-Calpe. En la Sección de Libros va inserta la crítica de aquella obra.

sechas y tengo las vacas con el gripe. Mas como las mis manos no pecan de torpes—ya que si es verdá que trabajan de firme en la tierra, eso no les quita de prestase pa cosas delicadas, como arreglar un brazo quebrao—, dígo-le, señor cura, que había yo de dejar el santo pa prestar.

Don Remigio rascó su pestorejo, cual si tratase de llamar de esta suerte a sus ideas, y, al cabo de unos momentos, sonrió enigmáticamente y contestó a Manín:

—Bien; puede llevar el santo ..

II

La parroquia de Lloredo es pobre, aunque no misérrima; entre sus colinas, imposibles para el cultivo, y alternando con sombríos barrancos, muéstranse, como alegres paréntesis de abundancia, cañadas mullidas de verde y jugosa hierba y sembradas de trigo y maíz, y en las que suelen erguirse achaparrados manzanos. Pero si allí no hay para cebar las suficientes cabezas de ganado vacuno, ni surtir con los frutos necesarios paneras y hórreos, ni alimentar cumplidamente las prensas del lagar, se recogen muchas castañas y bellotas, que permiten criar rollizos lechones. No es la debida compensación, y, sin embargo, los vecinos de Lloredo pueden ir tirando, aunque a fuerza de atrancos y trompicones, cuando no se ven obligados a emigrar en busca de mejor fortuna.

Por consiguiente, mal podían hacer gastos superfluos, y juzgaban como tales los atinentes a su religión, salvo bautismos, matrimonios y enterramientos; no así los hartazgos con que solían celebrar sus fiestas, pues ello formaba como parte de su vida o era a modo de resarcimiento de las privaciones que sufrían ordinariamente.

La excepción de la regla: Manín de Rosendo, que no había arrancado a la tierra su riqueza—consistente en unos ocho mil duros—, sino que viniera a su poder por obra de una manda testamentaria. Habiéndose visto en muchos pilancos y contando numerosa familia, guardaba como un amuleto prodigioso aquel dinero, procurando no mermar sus virtudes con gastos que no fueran a modo de semilla echada en el surco. Y como consecuencia de aquellos asaltos de que ya se ha hablado, dejaba caer algunas monedas en las manos de don Remigio, haciéndose la ilusión de que cosecharía en la mansión celestial; pero como no habría, si llegaba el caso, quien comprara los bienes de ultratumba, procuraba mermar lo menos posible los terrenales con la adquisición de aquéllos; aun así, los pellizcos a su bolsa le producían dolor, y suspiraba:

— ¡Pues si que estaría guapo que no hubiese Cielo! ..

Y allí, en aquella parroquia, don Remigio se consideraba como ánima en el Purgatorio.

Era de mediana edad, aventajada estatura y aquilino perfil, carnosos los labios, vivaces los ojos y un tanto combada la línea abdominal.

Había soñado, en la austeridad del seminario, con ocupar una silla episcopal o con ponerse siquiera las medias moradas, para satisfacer las delicadas exquisiteces de su paladar y las grandes exigencias de su estómago, que era a lo que un sacerdote tenía derecho, como máximo, en este bajo mundo, donde tantos y tan diversos placeres se brindan a los hombres..

Y frente al plato grosero que ahora le servían como único manjar, pensaba que, siendo el dolor padre del gozo, bien podía tal penitencia hacerle acreedor a una olla succulenta, ante cuya evocación cerraba los ojos para sustraerse a la presente realidad, que era «una isla de habas en un revuelto mar de agua y de aceite».

III

Gracias a la habilidad de sus manos y a su inagotable paciencia, Manín logró salir triunfante de su empeño. Hay que reconocer, sin embargo, que el santo tenía una calva en la barba y un labio partido, que en unión de las correspondientes cicatrices y algunos desconchados de menor cuantía, reclamaban la intervención de pasta de relleno y de retoques de pincel; pero esto ya no estaba al alcance de aquel restaurador rural.

Recibió la imagen don Remigio con muestras de singular regocijo, clavando en ella sus ojos inquiridores, tal como si buscase algún detalle que le llevase a saber de qué santo se trataba.

Por lo visto, las pruebas se prestaban a dejar perplejo al más docto y sutil hagiógrafo; e iluminado, sin duda, por la gracia divina, optó por el que podría suscitar mayor devoción entre sus feligreses; esto es, parecía que una voz interior le decía: «Tienes patrón de la parroquia, cuya fiesta se celebra en verano; equilibra, poseyendo abogado de lo de la parroquia, cuya fiesta es en invierno.» Así, él dijo a Manín:

—Creo que se trata de San Antón.

—¿El abogao de los gochos, señor?

—Sí, todo en él lo denuncia; aparte de que en el archivo parroquial...

—Pues paezme—interrumpió Manín—que no debe ser San Antón, o, por lo menos, que le falta el gocho.

—Faltará, si usted quiere; pero ¿cómo la parroquia de Lloredo iba a estar sin el protector de los cerdos, que sana al que se halla malo y trae al cubil al perdido, sólo con acordarse de él alguna vez?

—Eso quier decir que vino Dios a venos, ¿eh, señor cura?

—Invocado por usted, Manín.

—Yo no hice más que cumplir como buen religioso... Pero dígole que la gente va a desconfiar si no ve el gocho al par del santo.

—Pues se lo compraremos, que no debe costar gran cosa.

Don Remigio parecía andar en torno de la «matadura» consabida, presto a dar con ella; de suerte que Manín hizo ademán de hablar, queriendo llevar al sacerdote en otro sentido, y don Remigio le contuvo con un gesto:

—Hay que hacer algo más, Manín; debíamos celebrar una fiesta en honor del santo, ahora que se acerca su día; una fiesta espléndida, con misa cantada, sermón a cargo de un buen predicador y con una lucida procesión..

Rápido, el campesino quiso hacer a don Remigio partícipe de sus ideas:

—Mucha fiesta me paez pa un santo, señor cura.

—No, Manín; bien sé yo que siempre cayó sobre usted la mayor carga, tocante a obras piadosas; mas tenga en cuenta que es justo y de corazones nobles mostrar a Dios agradecimiento por los bienes recibidos... Se le agobia a usted de cierto modo, es verdad; pero ello obedece a que ha sido el elegido del Eterno para disfrutar de una relativa buena fortuna...

Desconcertado por aquel aluvión de palabras, o dominado por una súbita creencia en la fatalidad, Manín estaba silencioso, acariciando el mugriento sombrero, y dejaba hablar a don Remigio, esperando llegase a la conclusión cuya esencia preveía, y a la cual parecía acercarse el sacerdote a medida que iba endulzando la voz:

—No, Manín; yo no quiero que caiga sobre usted todo el costo de la fiesta... Tengo un medio ingenioso, que inducirá a los demás vecinos a contribuir, aunque indirectamente... Usted dará una onza...

¿Dónde picó a Manín una avispa?... Porque de pronto vibró de dolor, y sin duda hizo ademán de irse sobre don Remigio, por cuanto éste, acaso creyéndole equivocado, le atajó así:

—Vamos, Manín, no me interrumpa, ha de guardarme algún respeto... Como iba diciéndole, usted dará una onza, que, rifada, nos proporcionará el dinero necesario... ¡Ya ve, querido Manín, cómo no está en mi ánimo echar sobre sus hombros todo el peso!

Y fué en este punto cuando Manín pudo dejar oír sus palabras:

Pero sea como sea, pónme más carga de la que yo puedo aguantar.

—Vaya, Manín; no desprecie los bienes que recibió del Señor.

—Eso sí que no; la verdad es que no puedo con tanto... Si usted me ayudara un poco...

—A morir sí que le podría ayudar, querido Manín... Pues qué, ¿ignora lo poco que da esta parroquia, las muchas privaciones que tengo que aguantar?

Pronunció don Remigio estas palabras con acento sincero y dolorido, como un manso reproche.

Y Manín, elevando los ojos al cielo, también percibió una voz interior que le decía:

—Él que algo quier, algo le cuesta.

Y mirando a don Remigio con aire resignado, le habló como sigue:

—Puede contar con la onza... ¡Que todo sea por el amor de Dios!

Había surgido en su pecho la llama de la ilusión, dominándole por entero; mas la hacía vacilar con la exclamación consabida:

—¡Pues sí que estaría guapo que no hubiese Cielo!

IV

Luego de recibir don Remigio la onza prometida, procuró avivar desde el púlpito, con el soplo de su elocuencia, el fuego sagrado que ardía en el corazón de sus feligreses, aunque, a la par, y por razones que aconsejaban el ayuntamiento de lo divino con lo humano, en servicio de Dios, también hurgó en la codicia de aquéllos.

Así, pues, no es de extrañar que cayesen en sus manos unos cincuenta duros, importe de las papeletas entre las que se hallaba oculta la suerte que había de dar la posesión de la onza.

Don Remigio miraba aquella suma con pupilas dilatadas y la acariciaba con temblorosas manos, en tanto memoraba el nombre y sabor de vinos generosos y de apetitosas viandas, para que, súbitamente, velase su expresión de satisfacción el desaliento.

Estas bruscas transiciones fueron menos de día en día, hasta que desaparecieron completamente.

Ya no las experimentaba cuando Manín le visitó con el fin de conocer detalladamente el programa de las fiestas en honor de San Antón. Había entrado el campesino en la sacristía, y juzgando al sacerdote embebido en la lectura, no se atrevía a llamar su atención hacia él, que, al parecer, no había sido visto ni oído; estuvo silencioso un buen rato, de pie, el sombrero en la diestra y la mirada en don Remigio; al fin, cansado de esperar, o porque aquello ya «no le pudiese pasar por el gañote», fingió un acceso de tos, que tuvo la virtud de hacer levantar los ojos al párroco, el cual se apresuró a saludar a Manín:

—¡Hombre! ¿Qué trae de bueno por aquí?

Y antes de que el campesino tuviese tiempo a contestar, y como si tratara de justificarse por su abstracción, don Remigio prosiguió:

—Estaba entregado por completo a este libro: ¡cosa buena, en verdad!

Y se lo alargó a Manín, que leyó su título: «Sermones de Fray Luis de Granada». Y devolviendo el libro al sacerdote:

—Si a usted le gusta, de seguro que será bueno; por lo menos, bueno pa usted.

—¿Y para usted, no?

—Pa mí, señor cura, no sé si es bueno, o malo, o mediano, pues no lo leí.

—He ahí por qué diré yo el sermón el día de San Antón.

—Entonces, ¿ya no vien el fraile?—interrogó Manín con extrañeza.

—Creo—y perdone la inmodestia—que no es necesario. Ya sabe usted que yo no me expreso del todo mal..

—Pero yo pensaba que no basta tener un buen dogma de palabra...

—El dogma no está bien ahí, Manín .. Pero déjeme terminar... Con mi facilidad de expresión y lo que hay en esta obra, acaso el sermón que yo pronuncie se ajuste bien a lo que los feligreses de esta parroquia precisen.

Y el campesino hizo observar con acento de ingenuidad:

—Según eso, uno de nosotros que sepa leer sin empapizase, podría decir el sermón por ese libro.

—No me entendió, Manín; esta obra, abundante en ideas divinas y en hermosos párrafos, sólo me servirá de inspiración.

Quizá Manín barruntase, más que entendiese, el sentido o intención de estas palabras. Lo cierto fué que habló así:

—Está bien, señor cura; pero usted no cobrará tanto como el predicador de la villa, y traerános, con lo que sobre, de esos gigantones y de esos raminos de fuego tan guapinos, pa quemalos la víspera.

—¡Parece mentira, Manín, que desee gastar el dinero tontamente, en cosas propias de niños! ¡Bien dicen que la llegada a la ancianidad es un retorno a la niñez!

Tal dijo don Remigio con acento digno y faz severa. Añadió, subrayando esta expresión:

—Hay, por desgracia, bastante en qué emplear esa miseria de dinero...

Y Manín, pensativo, alejóse; instintivamente, llevó la mano diestra a su barba, como si dudase de estar asomado al ventanuco; estaba, sí; y en aquel momento tuvo la visión de un raposo que cayese, deslumbrado, en una trampa.

V

Cardín de Andrés no había contribuído a los ingresos por venta de papeletas de la rifa, aunque bien es verdad que se le consideraba como vecino de una cercana villa industrial.

Era uno de aquellos que, en la alborada de su juventud, se habían visto obligados a abandonar Lloredo, su pueblo natal, en busca

de la necesaria retribución a sus brazos y a su inteligencia.

Y en la villa próxima oyó la palabra de apóstoles laicos y leyó obras revolucionarias, que hicieron germinar en su cerebro y amar en su corazón ideas contrarias al engranaje de la actual sociedad, convirtiéndolo al socialismo.

Fuerte y hermoso como el roble lozano que daba sombra a la casa en que había nacido, noble el ademán, franca, dulce y ardiente la mirada de sus ojos negros; la amplia frente ligeramente abombada como por la fuerza de las humanitarias ideas que bajo ella latían; la palabra cálida y persuasiva del apasionado, Cardín despertaba con sus prédicas y con su austeridad la simpatía y hacía creer que el redentor ideal había llegado.

¡Ah! Pero cuando el sábado terminaba su jornada en la fábrica, llamaba a su memoria por si algún compromiso societario o político podría oponerse a una aspiración de su espíritu...

—Hoy puedo escalar aquellas colinas, cruzar aquellas cañadas, vadear aquellos arroyuelos... Hoy podré ir a Lloredo a estar entre los míos hasta la madrugada del lunes...

Así se decía caminando presurosamente hacia su posada las raras veces que podía cumplir su aspiración.

Y en el pueblo exponía familiarmente sus ideas, atrayendo a los campesinos en quienes podía más la curiosidad que el recelo, que no eran pocos.

Y oía sus pintorescas y candidas objecciones, a las que procuraba dar cumplida satisfacción, «si es que la innata suspicacia del labriego asturiano puede contentarse con hipótesis y hechos más o menos científicos».

Muchas veces había pensado Cardín que el hecho de sembrar en roca viva no priva de la ilusión del fruto; y ahora se halló ante el vacío, igual que si una voluntad poderosa hubiese desplazado la roca que tenía ante él; y se sintió descorazonado.

No obstante, en la roca parecía germinar la simiente, por cuanto los antiguos oyentes del propagandista decíanse en su fuero interno:

—La verdá es que Cardín no predica más que lo justo.

Y desde que Manín (a quien no hacía gracia la idea de ciertos repartos) oyó al joven socialista glosar los versos de Argensola:

*Porque ese cielo azul que todos vemos
ni es Cielo ni es azul...*

tuvo vida en él aquella exclamación:

—¡Pues sí que estaría guapo que no hubiese Cielo!

Sin curiosos a quienes explicar sus ideas, Cardín comenzó a fijarse en una joven llamada Sabel, tímida, inteligente y hermosa, cuyo corazón se abrió a sus insinuaciones de amor.

Ella lo admitía tal cual era, sin restricciones de ninguna clase, que, mirado a través del amor, suele ser virtud lo que todos juzgan defecto. Sus idilios se deslizaban, a ruegos de la joven, secretamente, como si fuesen una profanación, falta o delito; pero como el amor que más trata de ocultarse es el que más se muestra, supo de aquél el padre de la rapaza, Mingo de Corso.

Era éste un anciano cargado de hijas, cuya carga se agravaba con una renta a la que, por lo elevada (y ni el mismo don Remigio había conseguido bajarla a pesar de sus tirones a los amos), no respondía la poca y pobre hacienda. Tal vez en su filosofía—pues ya se habrá comprendido que filósofo, y de los buenos, tendría que ser para salir adelante—entró la idea de no darse por enterado de aquel noviazgo, y a fe que le dolió que el sacerdote no viese el modo de conciliar tal idea con el bien de la religión.

Y siendo menester laborar por ésta, Mingo, explorando bajo la coacción del cura, preguntó:

—Hombre, Cardín: ¿cómo no tomas papeletas de la rifa de la onza?

—Porque no soy amigo de rifas ni de santos.

—No digas tal cosa, Cardín, pues alguna vez tendrás que reverenciarlos.

—Creo que no.

—Eso quier decir que no pienses casarte, ¿eh?

—No; pienso casarme, y pronto—contestó el joven.

—¡Hombrel! Pues ya ves cómo tendrás que agachate delante de los santos.

Y con acento de profunda convicción, Cardín dijo:

—No; porque no me casaré por la Iglesia.

Desde entonces, por cada vez que Mingo sabía que Sabel se entrevistaba con su novio, la daba una carga de golpes, entreverada de burlas e insultos, y creyórase que el anciano trataba de explicar su conducta con esta interrogación:

—¿Quiés que me quiten la hacienda por date a ese judío?

Oyendo los lamentos de su amada, Cardín sentía una gran amargura y procuraba dar con una solución.

VI

Era el día de San Antón, y en la mañana clara y templada salieron de lo alto de la iglesia, como invisibles y bulliciosas palomas mensajeras, las cristalinas campanadas que iban a avisar de la celebración de la misa.

Sin embargo, ya estaba congregada la grey masculina en el atrio del templo y en el inmediato campo poblado de corpulentos robles, luciendo sus más nuevos trajes de paño ordi-

nario y sus camisas blancas de lino, que exhalaban los rurales perfumes de frutos y hierbas, no menos gratos por su humildad. Allí solían echar aquellos hombres un párrafo antes de la misa, asomando la malicia a sus ojos, como si no les cupiera en el cuerpo, y entreabriendo sus labios cual un inciso humorístico en el rostro recién afeitado o rematado por la recién arreglada barba de chivo.

Se extinguía la voz de las campanas en la lejanía cuando las mujeres, bajo la manta de lana y de hinojos ante el altar, ponían en el bisbiseo de la plegaria de sus labios el fervor de su corazón, o bien cuando, si jóvenes, y ya a punto de sumirse en el interior del templo, tenían la virtud de esclavizar la atención de los mozos, suspendiendo la narración de sus correrías amorosas y de sus resentimientos con mozos de otras parroquias, aunque acentuando aquel caer truhanesco de la pequeña boína sobre la ceja derecha...

Pero las campanas tornaron a mandar sus mensajes bajo el cielo azul, como si desde su atalaya no hubiesen visto a alguien.

Ciertamente, faltaba Manín, que esperaba el momento crítico para asistir a la misa, y parecía querer justificar ante sí semejante decisión, repitiéndose:

—¡Recoyo! ¡Si encima de dar la onza voy a tener que aguantar las burlas de unos y de otros!...

Solo que ahora truncó el párrafo, y dijo:

—Ya tocan la última vez, y tengo el tiempo tasao pa llegar a punto.

Y se encaminó a la iglesia.

Marchaba contemplando la campiña, desierta y silenciosa bajo los rayos del sol que evaporaban el rocío; bostezaban los perros en las antojanas, cerca de las terrosas o blancas casitas y de los hórreos negruzcos; llegaban de los establos estremecimientos de esquilas; un gallo dejaba oír su canto guerrero y triunfador.

Observaba todos aquellos detalles del paisaje, como queriendo escapar a una obsesión, en la que, sin embargo, volvía a caer, y murmuraba:

—¡Cómo se van a reír, cómo se van a reír!...

Y oyó que le decían:

—¡Salud, Manín!

El viejo campesino levantó la cabeza y vió a Cardín. En tal estado de ánimo se encontraba, que estuvo por volcar en los oídos del joven sus cuitas; pero, a pesar de que su confianza en la seriedad de Cardín era mucha, se creía en tan ridícula situación (¡oh, viejo raposo caído en el cepo por obra de momentáneo deslumbramiento!) que a buen seguro provocaría la risa en el hombre más grave, respetuoso y ecuánime. Se limitó, por consiguiente, a devolver el saludo:

—Adiós, Cardín.

Empotrado en un ángulo formado por un confesionario y la pared, sumido en discreta penumbra, Manín escudriñaba el altar donde se celebraba el santo sacrificio de la misa.

—¡Bah!—se dijo *in mente*—. Son los curas de Brizales, El Cantil y Montañona, las tres parroquias de más a mano; así no le costarán mucho a don Remigio, como no sea cosa de llenales la panza. Hoy por tí y mañana por mí...

Y reparó en que las casullas de que estaban revestidos se encontraban muy ajadas y en que era muy poca la cera que ardía en honor de San Antón, a cuya luz resplandecía el pequeño y flamante paquidermo, compañero del santo, «que tampoco sería cosa de mucho».

Nunca se había significado Manín por su amor a la ostentación y gastos de los cultos sagrados, y ahora, en cambio, todo le parecía pobre y mezquino. De este modo aumentaba su llaga, como si desease aumentar su inquina al autor de ella.

Realmente, no estaba a misa, sino a ciertas cosas de la misa.

Y una de estas cosas fué el sermón de don Remigio, que el campesino iba apostillando.

Primera observación: él, Manín, habría estado equivocado al decir dogma de palabra a lo que el sacerdote llamó facilidad de expresión; pero fuese lo que fuere, don Remigio no estaba ahora sobre terreno tan firme como él creía cuando rectificó a Manín, ya que se empapizaba y vacilaba con harta frecuencia, aunque, como si se tratase de un auxilio divino, salía del atranco con un latinajo. ¡Oh, qué pena al considerar la pérdida de aquella divina sabiduría por ignorar el idioma en que era vertida! Y el campesino se preguntaba si la misión del cura no sería ir de «la lengua de la Iglesia a la de los probes».

Segunda observación: el ademán, el gesto y el tono de don Remigio no marchaban de acuerdo con lo que iba diciendo. Vamos, era «como si pa cantar una añada durmiendo al neño se desgañitase uno, o como si pa arrullar a la palombina de la novia se pusiese la mano como garra de milano».

Manín abordaba temas en los que—al menos, con aquel espíritu que mostraba—jamás se había detenido. Y ya puesto a deslizarse por semejante terreno, siguió al sacerdote, aun a trueque de rozar conceptos cuya proximidad le hubiese detenido respetuosamente en otra coyuntura. Esto es, dijérase que por acosar al cura con su dialéctica no reparaba en criticar el dogma.

¡Ah! En Manín se había operado un cambio desde que, por obra de unas palabras de don Remigio reveladoras de un plan, se había comparado el campesino a un raposo caído en

el cepo bajo el deslumbramiento de una visión celeste.

Y como ya se ha echado de ver, de ahí también su temor a las burlas de sus convecinos.

—Ahora—se decía—lo de menos es la onza, que ya tenía dada. Lo malo es que se rían de uno, haciéndole pasar por tonto.

Y se le figuraba sentir sobre sí los dardos ajenos, y él disparaba sobre el sacerdote, que había armado a quienes así lo herían.

Seguía a don Remigio...

—Diz que al que nada tien aquí, espéralo mucho en el Cielo. ¡Recoyo! Entonces el peso de los cuartos es un impedimento pa subir a la vera de Dios. Pero también es verdá que él se encarga de aligerar las bolsas, aunque de ese modo echa sobre sí la carga que quita al prójimo, y no suelta perra que atrape... Yo no quiero que se condene por mí, pues sería un cargo de conciencia, y los mis cuartos estarán tan lejos de él como la tentación de los santos...

La voz del sacerdote, truncando el pensamiento de Manín, retumbó:

—¡Pobres de aquellos que no admiten la existencia de una mano invisible, creadora y guiadora del mundo!

Y el campesino le puso este comentario:

—Pues el mundo ye una llamuerga, y talmente paez que en él triunfan los malos.

De tal modo se fueron sucediendo los párrafos del sermón y las apostillas del campesino, terminando éste por resumir así:

—Nadie vino a decir que no había Cielo; pero, ¿no son los curas los que dicen que lo hay, y no paez que a ellos les tien sin cuidao, cuando tan poco hacen por merecelo?

VIII

El paréntesis que se abría con la terminación de la misa y que se cerraría con el comienzo de la procesión era para Manín la posibilidad de verse cara a cara con don Remigio o de tener que aguantar el aguijón de sus convecinos.

—Después de todo, tien que ser... ¡pues que sea cuanto antes!

Y liando cachazudamente un cigarrillo, se aventuró en el atrio con aire de ir abstraído en tan peliaguda faena...

—¡Hombre! ¡Buenos ojos te vean, Manín!

Tales fueron las palabras que desde uno de los grupos le dirigió Nolón de la Cuesta, que si no le aventajaba ni le quedaba atrás en edad, parecía querer ponerle competencia en listeza y socarronería.

Y Manín se detuvo, levantó lentamente la cabeza y respondió así:

—¿Que buenos ojos me vean? Yo nunca tuve los tuyos por malos, Nolón.

—¡Si es que te lo digo porque no te dejas-te ver...!

—Desde bien poco tiempo acá—le cortó Manín—, pues todavía ayer me hablaste de los pesos que te levantaron en la villa aquellos dos tontos que venían ofreciendo una millonada por cuatro cuartos.

Los circunstantes soltaron una carcajada ante la evocación de aquel timo, ya en la lejanía del tiempo, del que había sido objeto Nolón «como un palombín atontao». Pero Nolón sonrió, bien que aún le doliese el amargo recuerdo, más que por los cuartos, producto de la venta de una vaca, pues al fin y al cabo ya saliera del «pilanco», por aquella «sonsa» que los papeles pusieran en la narración del hecho, y que sus convecinos sacaban a relucir hasta el empalago. Sonrió, como si quisiese demostrar que aquella agua pasada no le producía ningún efecto, mientras que el agua presente no era para dar gusto a su interlocutor, por lo que éste deseaba detenerla o echarla por otro cauce. Y dijo Nolón:

—Que me choque no habete visto ayer de noche en la foguera, ni oíte hoy echar un párrafo antes de la misa, paezme que no ye pa que te pongas gafu.

—Mira, Nolón, mejor será que no repares tanto en quien no lleva cuenta de tí.

—Como tú quieras, Manín... Por cierto que también me chocó que en la foguera no hubiese ni siquiera voladores.

—Estaría malo el cohetero... ¿Y qué te paez de esa carretera que dicen que van a traer?

—De la carretera acuérdense cuando lleguen las elecciones, y las elecciones pasan, y vuelven; pero la carretera... no pasa por aquí ni por ninguna parte... Y hay que votar como si pasase o fuese a pasar...

—Ten pacencia, hombre.

—Sí, Manín; téngola... Y por cierto que también me chocó que don Remigio fuese hoy el del sermón, siendo así que tú dijiste que iba a venir un fraile... (La voz de Nolón está saturada de ingenuidad, y, como contentos del infantilismo que esto revelase, báilandle los ojos.) Dime, Manín: ¿También estaría malo ese fraile que don Remigio te ofreció?

—También, Nolón, también podría ser eso.

—Entonces, pintónos bien el mal del cohetero y del fraile, ¿eh, Manín?

—Y un rayo que te partiese, ¿sentaríate mal?

Las risas reprimidas de los oyentes se precipitan como contenido y sonoro torrente que lograrse romper las esclusas; mas la voz de Nolón torna a caer en el silencio:

—Hombre, Manín; no sé cómo me quiés así, cuando sabes de sobra que yo te quiero bien. Yo decíalo porque con los cuartos del

cohetero y del fraile habrá pa otra cosa, pa una buena pipa de sidra, pongo por caso.

—Lo que no habrá será pacencia p'aguantate, ¡recoyo!

—¿Por qué, Manín, por qué? Y además, que, como tú decías antes, hay que tener pacencia, hombre.

Manín pensaba que allí era una eterna y risible falta dejarse engañar, y que todos aquellos hombres se burlaban de él al par que celebraban los ardides de engaño de don Remigio; y tenía la intuición de que esta celebración suponía al propio tiempo una especie de censura, por más que ya se cuidarían, temerosos de represalias, de no exteriorizar claramente nada que menoscabase el buen nombre del sacerdote...

Acaso porque la corriente del pensamiento del anciano vaya por mal cauce, la suspende el alegre repique de las campanas preludiando el comienzo de la procesión, y empiezan a cruzar el espacio las estelas luminosas de los voladores, y el gaitero de Brizales apercibe el enmadroñado y rústico instrumento.

Ya salen dos rancios estandartes; les sigue San Antón con su compañero sobre andas, entre dos filas de hombres que portan sendos cirios ardiendo, al aire sus cabezas patriarcales, grave ia expresion de sus rostros, inclinado el busto hacia la tierra como en acto de vasallaje y arrastrando lentamente sus pies. Es una gravedad adaptada al momento: recibieron de sus padres la fe igual que las prácticas de las labores agrícolas, sólo que en éstas latía la emoción de la cosecha: creían como podrían no creer, aunque a veces temblasen ante la duda y la posibilidad de romper con la tradición en este punto, y las artes de la Iglesia hiciesen vibrar por un momenio sus almas.

Marchan bajo la mirada de don Remigio, cuyo níveo roquete va y viene entre ellos, mientras que los tres misacantanos, a continuación de San Antón, preceden al gaitero de Brizales, que, como erguido capitán de la masa anónima, parece ir en su nombre rindiendo homenaje con las notas de su instrumento.

Repican alborozadamente las campanas; estallan los cohetes, desgranándose en rojas luces bajo la dorada luz del sol; plañe la gaita la *Marcha Real*...

Paz y alegría en el cielo... Paz y alegría en la tierra...

Pero en aquellos momentos de optimismo y de exaltación de la fe, Manín sólo sentía que se exasperaba el gusánillo que roía en su corazón y que vertía una especie de veneno en sus entrañas.

RAFAEL RIERA.

LA EXTRAÑA PERSONALIDAD DE MAHATMA GHANDI

LOS MESÍAS Y LOS CAUDILLOS

Todos los pueblos perseguidos crean un mesías. Pero un mesías no es caudillo. Este se impone por el terror; aquél, por la mansedumbre. Moisés predicaba la conformidad al pueblo elegido cuando le conducía por el desierto; pero llegado el caso, sabía acuchillar muy gentilmente a treinta o cuarenta mil descontentadizos. La obra de los mesías es más perdurable que la de los caudillos, que nada hay tan fuerte como la debilidad perseverante en el esfuerzo.

Vivimos tiempos de mesianismos: un día es el *starets* Zósimo en la fábula; otro, Meba en la realidad y luego el alcalde de Cork y, hasta hace poco, Mahatma Ghandi. Ello nos demuestra que todavía hay pueblos cautivos, que acaso los habrá siempre. En los más exaltados se dan consustancialidades extrañas. Cristo era el *logos*, ser intermediario entre Jehová y la Creación. (S. Juan, cap. I, v. 3.) Otros adscriben a su ser la esencia del Universo: panteísmo humano de gesta personal, creado muchas veces por la leyenda.

¿QUIEN ES MAHATMA GHANDI?

Mahatma Ghandi, este mesías indio, que ha llegado a preocupar a toda Inglaterra, es un hombre alrededor del cual apenas ha tenido tiempo la leyenda para convertirlo en entelequia. Vive, y he aquí sus rasgos externos: Es pequeño, débil, de rostro demacrado, ojos oscuros de mirar tranquilo. Se toca con un gorro blanco, viste sayal del mismo color y lleva los pies desnudos. Se alimenta de arroz y de frutas, no bebesino agua, se acuesta sobre el suelo, duerme poco y trabaja sin cesar. (*Mahatma Ghandi*, Romaine Roland. Paris, 1924)

C.-F. Andrews, J. J. Doke, Rabindranath Tagore, coinciden en acentuar su bondad infantil, su exquisita cortesía, aun con sus adversarios, su sinceridad inmaculada. Tagore ha dicho de él:

Es el Uno luminoso, el Creador de Todo, el Mahatma constantemente metido en el corazón de los pueblos, revelado por el corazón, por la intuición, por la inteligencia; el que le conoce llega a ser inmortal.

¡Comienza la leyenda!

El lector que aún no conozca a Ghandi pensará seguramente: Será uno de esos visionarios comido por la fiebre, sublime e ig-

norante, heroico y sencillo, estimulante de corazones ingenuos, un intuitivo signado con el crisma de la bondad.

Sí; todo eso. Y además un hombre de estirpe escogida, hijo de Príncipes, rico desde la cuna, pobre hoy por su voluntad, que a los 17 años había terminado sus estudios en la Universidad de Ahmedabad y a los diecinueve en la Facultad de Derecho de la Universidad de Londres (1890); que durante 21 años ha ejercido un apostolado de amor en el Africa del Sur y desde 1914 hasta nuestros días en la India, instaurando el gran movimiento hindú que hasta hace poco contó con más de trescientos millones de prosélitos y ha sacudido los nervios de la impasible Inglaterra.

LA NO-VIOLENCIA

¿Qué persigue Mahatma Ghandi? La independencia nacional del pueblo indio, la emancipación de la soberanía inglesa. Durante la gran guerra, la India había proporcionado a Inglaterra 975.000 hombres. Después de este sacrificio ¿qué menos podía esperar Ghandi que el reconocimiento leal de la mayoría de edad de su pueblo? La realidad demostró todo lo contrario. Ghandi no desesperó. Había que vencer; pero... ¿cómo? Por medio de la No-violencia. He ahí el comienzo de su predicación en la India.

¿Qué es la No-violencia? ¿Qué es la *Satyagraha*? (gobierno de sí mismo).

Oigamos al mismo Ghandi:

«Para que el trigo brote es necesario que la simiente perezca. Nadie puede considerarse puro sin haber pasado antes por el fuego del sufrimiento... Nadie escapa de él. El progreso no consiste sino en purificar el sufrimiento y en evitar producirlo en los demás. Cuanto más puro es el sufrimiento personal, más grande es el progreso... No-violencia es sufrimiento consciente. Yo me permito presentar a la India la antigua ley del sacrificio de sí mismo, la ley del sufrimiento. Los *rishis* que descubrieron la ley de la No-violencia en medio de las peores violencias, fueron más grandes genios que Newton, superiores guerreros que Wellington: han demostrado la inutilidad de las armas que habían conocido... La religión de la No-violen-

cía no es solamente para los Santos, sino para el común de los hombres. Es la ley de nuestra especie, como la violencia es la ley del bruto. La dignidad del hombre requiere una ley más alta: la fuerza del espíritu. Yo quiero que la India practique esta ley; quiero que tenga la conciencia de su poder. Tiene un alma que no puede morir. Esta alma puede desafiar todas las fuerzas morales del mundo entero». (Fragmentos de cartas de 9 de marzo, 16 de junio y 11 de agosto de 1920, publicadas en *La Joven India*).

LA NO-COOPERACIÓN

A esta actitud pasiva de Gandhi y sus adeptos sucede una actitud de violencia por parte de Inglaterra. Gandhi comprende que había que dar un nuevo paso hacia adelante y, a fines de 1920, anuncia al virey inglés el comienzo de la No-cooperación. ¿En qué consistía? En el abandono de todos los títulos y funciones honoríficas, no participación en las empresas del Gobierno; la huelga de tribunales y hombres de ley—los litigios se solucionarían mediante arbitrajes privados—, el boicot a las escuelas del Gobierno por los estudiantes y familias, el boicot a las reformas constitucionales, la no participación en las recepciones del Gobierno y en los actos oficiales, la renuncia de todo cargo civil y militar y la propagación del *Swadeshi* (independencia nacional), piedra fundamental sobre la que ha de constituirse la India nueva.

Gandhi recuerda a sus adeptos que la No-cooperación no es la desobediencia, que entraña una violación de las leyes, una trasgresión. La desobediencia vendrá después.

La orden de Gandhi fué obedecida inmediatamente. Doscientos magistrados presentaron su dimisión. Millares de estudiantes fueron retirados de los Colegios. El Congreso de toda la India, reunido en Calcuta, sancionó las decisiones de Gandhi, quien recorrió todo el país en medio de un entusiasta clamor popular. «Sufrir, resistir y callar»: he ahí las palabras matrices de su evangelio.

INTERLUDIO PATÉTICO

Cuando Rabindranath Tagore volvió a la India, en agosto de 1921, quedó estupefacto ante el cambio general que habían sufrido las instituciones y la conducta del pueblo. El poeta Tagore, más vacunado que Gandhi por la civilización de Occidente, acariciaba un proyecto magno: la fusión de las culturas de Oriente y Occidente mediante la creación de una Universidad en Santiniketan.

Y escribió así:

«El esfuerzo actual por separar nuestro espíritu del de Occidente es una tentativa de suicidio espiritual». (*Modern Review*, noviembre de 1921).

El golpe iba directo al corazón de Ghan-

di. Este pide a toda la India que hombres y mujeres huyan del maquinismo occidental y que hilen y tejan por sí mismos sus vestidos.

«Es preciso volver a la rueca e hilar. Que hile todo el mundo. Que Tagore hile como los demás. ¡Y que queme sus vestidos extranjeros! Es el deber de hoy. Dios se ocupará del mañana».

LA GRAN DESOBEDIENCIA

Pero faltaba el paso decisivo; el tercer paso que Mahatma Gandhi había de dar: la organización de la Gran desobediencia. Se aproximaba la visita del Príncipe de Gales a la India. El 28 de julio, el Comité del Congreso de toda la India, reunido en Bombay, edicta que el deber de todos es boicotear al Príncipe de Gales. Este desembarcó el 17 de noviembre en dicha población. La aristocracia india cumplimentó espléndidamente al Príncipe; pero las clases media y humilde cumplieron lealmente su compromiso y el Príncipe desfiló por las calles como ante una población asolada por la muerte. Fué algo sublime y helador.

Inglaterra tomó su partido y, poseedora de la fuerza, aprovechó una ligera revuelta popular contra la aristocracia para lanzarse a fondo sobre el pueblo; destruyó un sinnúmero de casas, disparó contra la muchedumbre y la sangre de los muertos y heridos corrió por las calles de Bombay y de Chauri-Chaura. Gandhi, desconcertado, temeroso de toda violencia, retrocedió del último paso, revocó la orden de desobedecer y se impuso un ayuno absoluto de siete días. Poco después, Inglaterra lo encerraba en un calabozo.

FUENTES DE INSPIRACIÓN DE GHANDI

De estas tres actitudes sucesivas de Mahatma Gandhi, la más humana y decisiva ha sido la de la No-violencia. Las dos siguientes tienen un perfil político; aquella un perfil religioso. La no resistencia al mal (S. Mateo, cap. V, v. 39), predicada y practicada por Cristo, es el sustrato de la doctrina cristiana, pero también se encuentran versos análogos al citado en el Libro de los Vedas. He aquí algunas máximas de Kristna: «Pero sabedlo todos, ninguno llegará a absorberse en el seno de Brahma por la oración solamente, y el misterioso monosílabo no borrará vuestras últimas manchas, sino cuando lleguéis al umbral de la vida futura cargados de buenas obras, y las más meritorias entre esas obras serán aquellas que tengan por móvil el amor del prójimo y la caridad».

«Los males que causamos a nuestro prójimo nos persiguen como nuestra sombra a nuestro cuerpo».

«El que es humilde de corazón y de espí-

ritu, es amado por Dios; no tiene necesidad de otra cosa.»

«Así como la tierra sostiene a los que la pisan con los pies y le desgarran su seno trabajándola, así debemos volver el bien por el mal.» (*Libro de los Vedas*).

Y el Brahmata Jati-Richi (13.300 a. de J. C.) ha dicho:

«Huid de todo honor mundano como del veneno; sed humildes de corazón; no podéis ser dignos de enseñar a los demás si no les aventajáis en sabiduría y en austeridad de costumbres.» (Jacolliot, *Les Fils de Dieu*).

Ahora bien; la doctrina profunda, suprema de la No-violencia procede esencialmente de la Biblia. Un pastor inglés preguntó en 1920 a Ghandi cuál había sido el libro que más poderosamente había influido en él, y contestó:

—El Nuevo Testamento.

Y a Joseph J. Doke hubo de decirle en 1903 que la gran revelación de la resistencia pasiva procede de la primera lectura que hizo del *Sermón de la Montaña* en 1893.

Doke le preguntó:

—«¿No la conocíais por la lectura de los libros hindús?»

—«No—insistió Ghandi—. Yo conocía y admiraba la *Bhagavad Gita*; pero fué el Nuevo Testamento quien me reveló el valor de la resistencia pasiva. Me desbordé de alegría al leerlo. La *Bhagavad Gita* fortificó esta impresión, y «El Reino de Dios está en vosotros», de Tolstoy, le dió una forma duradera.»

Bueno será advertir, en lo que se refiere a la opinión de Ghandi sobre los libros sagrados, las frases siguientes:

«Yo no creo en la divinidad exclusiva de Los Vedas. Yo creo que la Biblia, el Koran y el Zendavesta son tan divinamente inspirados como los Vedas... El hinduismo no es una religión visionaria. Hay en él, espacio para la adoración de todos los profetas del mundo. Dice a cada uno que debe adorar a Dios según su propia fe o *Dharma*, y así todos viven en paz con todas las religiones.» (*Yung India*, 1920).

SU TENDENCIA EDUCADORA

La tendencia educadora de Ghandi es regresiva, pero perfectamente explicable. Estamos con él ante las escuelas monacales de nuestra Edad Media. Toda tendencia estrictamente nacionalista propende a achicar

el horizonte geográfico y, con él, el horizonte mental. Porque si es cierto que Ghandi y sus *enviados* enseñan a sus discípulos el idioma inglés y las ciencias económicas, lo hacen con un sentido de resistencia y defensa. La lucha requiere el conocimiento, siquiera sea somero, de las armas del enemigo, y dichas enseñanzas son un procedimiento averiguativo como otro cualquiera. Ghandi con su criterio restauracionista edifica una nueva muralla china y lanza a los cuatro vientos el *Noli foras ire...*

LO QUE SE VE HOY

Acaba de celebrarse el Congreso de Bengala (1925). El Doctor Das, lugarteniente de Ghandi, lo ha preparado con un sentido francamente político. El pueblo indio ha sacudido el peso del fardo religioso que sobre sus espaldas echara Ghandi y quiere procurarse un bienestar material, aunque sea pactando con «el enemigo». Ghandi no se ha enojado. Ha dejado hacer a su gusto al Doctor Das y ha visto con recóndita melancolía cómo la pollada corría tras de la nueva madre. Ya nadie se teje sus vestidos. Las ruecas han vuelto a arrinconarse junto al llar. Pero tampoco los cañones ingleses enfilan contra las masas. Por encima de todas las preocupaciones místicas, los tiempos mandan y clavan en la encrucijada el poste indicador de la dirección. Saldrá o no saldrá de dicho Congreso la emancipación hindú; pero el nuevo movimiento demócrata preconizado por Das, se acerca mejor que con Ghandi a los linderos del triunfo. El movimiento ghandista ha tenido todo el valor de un experimento y esto siempre es plausible para el siglo xx. Además, fuerza es desengañarse de que hoy los sistemas son lo de menos y que lo único interesante son las personalidades dirigentes. Esto es lo que corresponde a unos tiempos en que la democracia tiende a pasar sobre las cabezas humanas unos rulos demasiado groseros. Sobre las obras, el hombre. Por eso hoy, aunque fracasó el movimiento ghandista, nos queda la silueta delicada y enérgica de este hombre austero, de este Mahatma, Profesor de Energía, que fué preocupación de la Gran potencia occidental y que hoy, en su retiro de Ahmendabad, se somete a severa penitencia por su pecado de desacierto.

A. G. ONIEVA



¡GUERRA A DON JUAN!

1001

¿Quién es Don Juan? Cada uno interpreta la figura de Don Juan según el aspecto bajo el cual lo mira. De aquí que haya tantos Don Juanes cuantos son los artistas y filósofos que se han ocupado en estudiarle.

Hay un Don Juan—el de lord Byron—que significa el triunfo deslumbrador de la vida libre y desbordante; algo así como el entusiasmo dionisiaco de Nietzsche. Este Don Juan es el que tiene subyugado a nuestro metafísico don José Ortega Gasset, cuya filosofía viene definiéndose, cada vez más, como una exaltación—acaso desmedida—de los valores vitales sobre los valores del espíritu.

Hay otro don Juan—parecido al Mefistófeles de Goethe, y recientemente estilizado en una bella novela de Azorín—cuya psicología se distingue por una entrañable comprensión de todas las flaquezas humanas. Este Don Juan, un poco viejo, ama la cultura exquisita y, apartado ya de lo que llamaríamos la vida heroica, por hastío del placer y de la vanagloria, mira pasar los hombres y las cosas con la serenidad de un viejo Dios de la mitología decadente. Es una especie de Sileno, grato a los pensadores sensualistas y escépticos, a la manera de Anatole France.

En fin, hay un tercer Don Juan—para no hablar más que de tres—fielmente retratado por Zorrilla, y en el que resaltan, como cualidades esenciales, la guapeza impotente y el cinismo superficial. Es ese Don Juan cuya degeneración fisiológica ha sido científicamente demostrada por Marañón. Es ese Don Juan, supersticioso y femenino, que en momentos de embriaguez clama con banal fanfarronería: «Jamás ni muertos ni vivos humillarán mi valor», pero que, al sentirse morir, pide a gritos, en convulsión histérica, que le socorra el «Dios de la clemencia». Este Don Juan es el que Maeztu rechaza en nombre de la razón socrática, y es el que Unamuno desprecia y abomina en nombre de la hidalguía quijotesca. Este Don Juan es también el que a nosotros nos mueve a guerra y nos indigna.

Es incalculable el daño que Don Juan—el Don Juan de Zorrilla—nos ha hecho a los españoles. El espíritu o mejor, la inespiritualidad de Don Juan ha

penetrado, mucho más de lo que pudiera imaginarse, en las entrañas de nuestro organismo social.

Don Juan es el torero idiota y, lo que es peor, idiotizante, sediento de una gloria grotesca, basada en el valor estéril. Don Juan es el político gárrulo que, para expoliar a su pueblo, se finge redentor, no siendo más que un libertino. Don Juan es el catedrático pedante que exhibe, ante las miradas de los papanatas, la cola de pavo de una erudición «a la violeta», más atento al miedo de su vanidad que al culto severo de la ciencia. Don Juan es el canónigo, flamenquista y obtuso, que se ríe de todos los ideales generosos. Don Juan es el caudillo que juega a la guerra de los hombres, como si jugara con soldados de plomo. Don Juan es la ignorancia española, la superstición española, la insensibilidad española. Don Juan es la síntesis de todos los vicios nacionales.

Lo primero que hemos de hacer, para redimirnos, es combatir furiosamente a Don Juan, dondequiera que asome su oreja de cretino. ¡Guerra a Don Juan en todos los frentes de la gran batalla española!

Es preciso desenmascarar a este matón prostibulario, con ínfulas de héroe mitológico. Es necesario apalearle como a un espantajo, para que todas lasavecicas medrosas le pierdan el respeto y se decidan a píar sobre él con un gorjeo irónico. Debemos, en fin, desterrarle para siempre de entre nosotros, y hacer que no quede en nuestra tierra ni el más vago recuerdo de su sombra.

Hemos invocado muchas veces la noble figura de Don Quijote de la Mancha, como símbolo supremo de la idealidad española. Hemos señalado, con ardorosa convicción, la necesidad de empuñar nuevamente la lanza del Hidalgo, para arremeter contra tantos yangüeses como nos cierran el camino. Pues bien: que la primera víctima de nuestra lanza justiciera sea este malandrín insoportable que llaman Don Juan Tenorio, el Burlador. No haya piedad para ese monstruo estúpido.

¡Guerra a Don Juan! ¡Guerra a Don Juan! ¡Guerra a Don Juan! Sea esta, hoy por hoy, la más apremiante de nuestras consignas.

JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN

PANORAMA LITERARIO

LAS LUCHAS FRATRICIDAS

En estos días, en que ha salido de las laboriosas prensas de «Espasa-Calpe» el quinto volumen de la interesantísima serie «Las luchas fratricidas de España», titulado «Almansa», con que el gran escritor e ilustre diplomático Alfonso Danvila nos va poniendo en claro uno de los más trascendentales y, también, oscuros períodos de nuestro pasado: el de la sucesión borbónica en el trono de los Austrias; en estos días, decimos, hemos releído, a la vez que el nuevo libro, los anteriores publicados. Y lo que ayer, con los primeros cuadros de la vida española de la época, magistralmente trazados por Danvila en aquéllos—«El testamento de Carlos II», «La Saboyana», «Austrias y Borbones», y «El primer Carlos III»—, fué ya en nosotros franca simpatía acogedora para esas narraciones bellas y pulcras, documentadas y sagazmente enjuiciadoras—simpatía que se renovaba, periódicamente, al aparecer cada nuevo tomo de la serie—se ha trocado hoy en fervorosa admiración, al medir lo vasto de la labor y la unidad artística y documental de la misma.

Porque la obra de Danvila es, sencillamente, magistral, de honda trascendencia y relieve en la producción literario-histórica contemporánea. Aquí, en donde tan pocos buenos historiadores hemos tenido, «Las luchas fratricidas», que cumplen el sentido de resurrección del pasado que pedía Michelet, no encuentran parangón posible más que con otras dos series de alto valor literario: los «Episodios Nacionales», de Pérez Galdós, pintura y crítica de la España de los tres primeros tercios del siglo XIX, y las «Memorias de un hombre de acción», con que el recio escritor Pío Baroja nos va delineando la guerra del Carlismo, siendo continuación, precisamente, de esa secular contienda fratricida cuya evocación encabeza, cronológicamente, Danvila. De querer ampliar

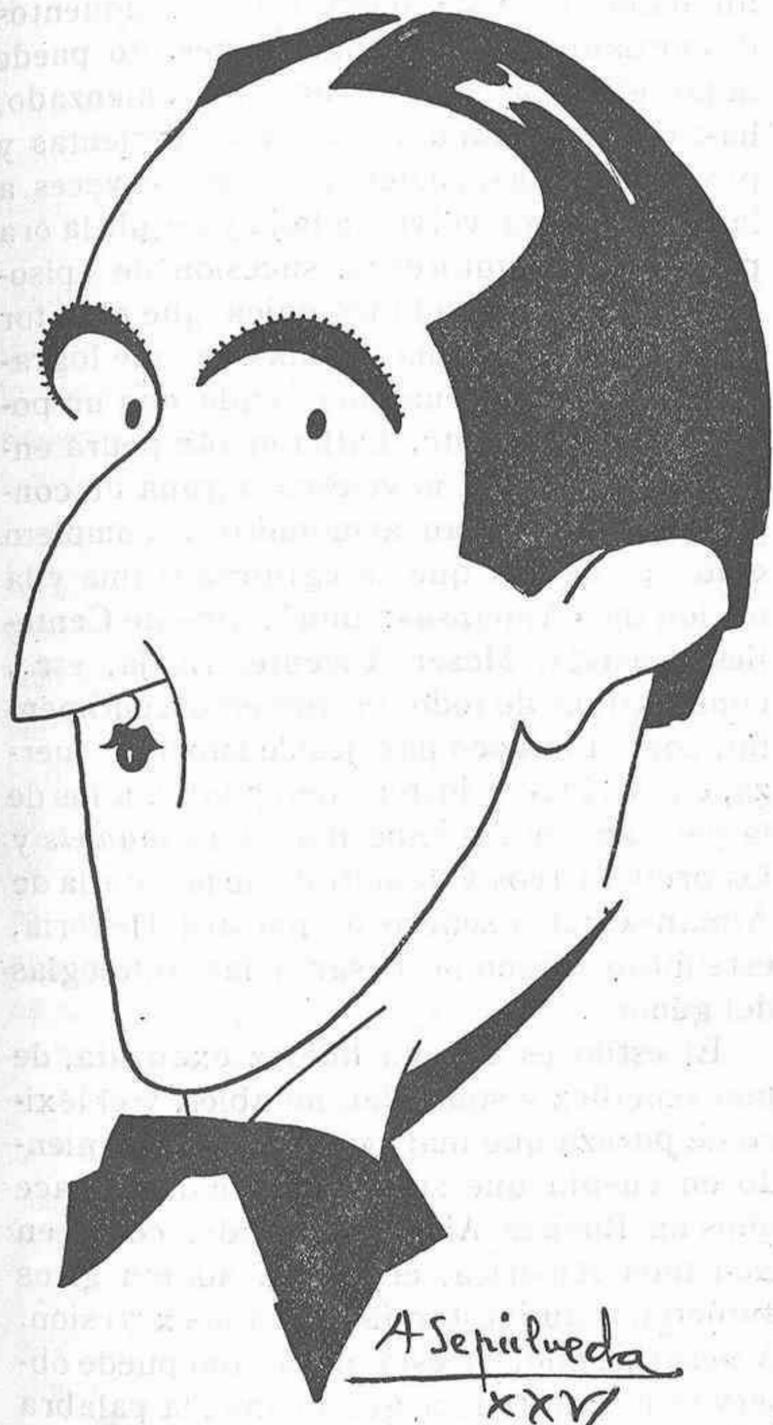
la filiación o parentesco en índole y analogía de «Las luchas fratricidas», tendríamos que nombrar la «Guerra Carlista» de Valle-Inclán, y las novelas históricas de Blasco-Ibáñez. Pero la primera tiene una muy marcada limitación regionalista, y de las segundas no ha parecido hasta la fecha más que una: «El Papa del Mar».

A medida que se suceden los volúmenes de «Las luchas fratricidas de España», que será para lo sucesivo el documento insustituible de la época—de la que precisamente con este de «Almansa», que acaba de publicarse, ha dado ya a la stampa su autor la mitad, o sean cinco, faltando, por tanto, los anunciados hace ya tiempo con los títulos de «La Princesa de los Ursinos», «El Archiduque en Madrid», «El Congreso de Utrech», «El triunfo de los Lises» y «Ya no hay Pirineos»—, serie en la que, no obstante la unidad narrativa, tiene cada libro un marcado sabor individual, ya que la invariable reconstrucción histórica se alía de forma magnífica con el ropaje de la galana fábula novelesca, el éxito acogedor de la misma crece en España y América. Los libros de Danvila suscitan numerosos comentarios, siempre elogiosos, y hasta algún gran periódico de acá publícalos en folletín.

* * *

El autor de «Las luchas fratricidas» reconstruye el azaroso pasado con una facilidad y una exactitud pasmosa, adobando sabiamente la verdad histórica con el comentario criticista, todo ello enmarcado en el cuadro insustituible del paisaje, el ambiente y la vida españoles. Cataluña y Valencia son las regiones hasta ahora exaltadas por este insigne escritor, por lo mismo que en ellas se desarrolla la contienda entre el Duque de Anjou, príncipe francés combatido por los aliados defensores del Archiduque austriaco

«el primer Carlos II» Cataluña, que, como ha apuntado recientemente un notable periodista, ha sido casi siempre tratada con injusticia por todos los historiadores, principalmente los extranjeros que se ocuparon de España, debe hoy testimonio de gratitud a Danvila, quien no solamente describe con maestría el ambiente, la tierra y el paisaje de la misma (recordemos, a este respecto, la magnífica pintura del sitio de Barcelona), sino que se remonta a examinar, apologéticamente, sus leyes y costumbres ascentrales, decantando el espíritu liberal de sus habitantes, como prueba haber tenido, con el célebre Código de los



ANGEL DOTOR

por A. Sepúlveda

Usatges, el primer fuero de respeto a la ciudadanía, no sólo del país, sino del mundo, pues que entonces aún imperaba en todos los pueblos el absorbente feudalismo.

De lo dicho se infiere el criterio francamente liberal que adopta Danvila, en lo que en sí tiene de enjuiciadora y revisionista su obra. Veraz e imparcial siempre, deja notar, a veces, su simpatía por la causa de la anterior dinastía reinante, esto es, por los Austrias; pero al momento vémoslo situarse en la actitud del verdadero patriota consciente del daño que el país recibe con esas contien-

das sin finalidad alguna, las cuales sólo sirven para solucionar bastardos intereses y ajenos personalismos. «¡Asesinos! ¡Bellacos! —pone en boca del principal personaje de la bellísima narración de «Almansa»— ¡Batíos en el campo y no matéis a los hombres indefensos! ¿Sabéis quienes tienen la culpa de sus crímenes y de la fiereza que los enloquece? ¡Son los extranjeros que inundan nuestra desgraciada patria! ¡Eres tú, Casamayor! ¡Son los tuyos! ¡Por ellos, por no verlos dueños de España, se levantó Valencia en armas, como se levantaron Aragón y Cataluña! ¡Para no renegar de su pasado y no dejar transformarse en otro pueblo de esclavos! ¡A Felipe V le habría aceptado todo el mundo, pero sin franceses! ¡Perderá Valencia sus fueros, y los perderán Cataluña y Aragón, pero no perderán la gloria de haberlos sabido defender!»

Es, como vemos, la eterna cuestión que labró la decadencia española con el advenimiento de los Austrias: el extranjerismo, lo que tácitamente flajela Danvila, que sabe la transcendencia que esto tuvo en el devenir de nuestra vida nacional, y el cambio operado en la misma con Carlos I y sus sucesores. La labor reconstructiva felizmente coronada por los Reyes Católicos con el descubrimiento de América y Oceanía, con el final de la Reconquista y con la terminación de las rivalidades que hasta entonces había sido el óbice de la unidad nacional, fué desmoronándose apenas comenzaba a rendir frutos, en virtud de la obra funesta del nieto de aquéllos, ignorante de nuestro idioma, usos y costumbres, que puso las riendas del poder en manos extranjeras, dejó exhausto el Tesoro y ahogó en sangre las libertades castellanas en Villalar; como igualmente por los Austrias siguientes, que nos llevaron a empresas inútiles y desastrosas, con abandono del propio solar y destierro de los moriscos, únicos que hacían sostenerse la Agricultura y el Comercio.

Claro que muerto sin sucesión el enteco y degenerado Carlos II, y establecida la disyuntiva entre un austriaco al parecer inteligente, libre de las taras de sus parientes de la fenecida rama española, y un francés notoriamente abúlico, audaz sólo para incumplir sus juramentos—pese a que fuera sobrenombrado «el Animoso»—la elección no era dudosa para la mayoría, máxime teniendo en cuenta el peligro que representaba el que reinase en España el último, perteneciente a «la casa más centralista, uniformista, niveladora y absorbente que han visto los siglos, la casa de Luis XIV, del más grande y terrible enemigo personal que tuvo el poderío de la monarquía española, que venía con el intento de arrollarlo y suprimirlo todo en beneficio de su poder absoluto». Por esto,

¿quién sabe si los destinos del país habrían sido muy otros de vencer el Archiduque? Interrogación análoga a la que también solemos hacernos, cuando se remonta nuestra inquisición al pasado, con respecto a la contienda de la independencia española de 1808, diciéndonos si no habría sido conveniente la dinastía Bonaparte, cuyo representante, José, el hermano del más grande capitán de todos los tiempos, era, no obstante sus «narizotas y cara de pastel», un hábil, un expertísimo gobernante, como bien lo demostró, en opinión de algunos historiadores, durante el poco tiempo que se tuvo como rey de España en Madrid, en donde, pese a la guerra, ya dió comienzo a un excelente plan político, con miras al fomento de la educación y al mejoramiento de la vida nacional en todos los órdenes.

Pero la característica del español, en punto a esto, fué siempre la misma: el heróico, pero estéril esfuerzo; la denodada, pero inflexible y baldía lucha. No se curaba nadie de la finalidad de la contienda, sino de salir triunfante de ella, aunque el motivo de la misma fuese, no ya el ideal abstracto y desconocido que defendía Alonso Quijano, sino algún personajillo indigno aun de figurar como marioneta en el retablo de Maese Pedro. Por eso Danvila hace decir al señor de Centelles, protagonista de «Almansa»: «¡Eso, Raimundo! ¡Eso es lo más significativo y lo más satisfactorio de cuanto acabas de contarme! Porque la victoria que hoy celebramos no es la victoria de los generales, ni la de tus compatriotas los franceses, como pretendes hacernos comprender, sino la de las ciudades, la de la gente anónima, la de todos aquellos que pelean sin interés por un rey que juraron y que su conciencia les ordena defender, cueste lo que cueste. Los errores que hayan podido cometerse antes, las imperfecciones de los hombres, y aun las de los príncipes, desaparecen ante ese movimiento, que ninguna otra nación puede enseñarnos ni igualar».

* * *

En «Almansa» culmina la maestría evocadora y descriptiva con que el ilustre Danvila viene troquelando la serie de «Las luchas fratricidas en España». Como ninguno de los anteriores, este libro aduna el interés, la amenidad y el vigor en la reconstrucción veraz y palpitante de un momento, de una página asaz sugestiva del pasado. Admira el arsenal de datos, la paciente búsqueda que ha tenido que preceder al trazado de este maravilloso cuadro de nuestro siglo XVIII, cuadro que más bien que resultado de reposado estudio y serena e intuitiva reconstrucción imaginativa, parece producto de una vida consagrada exclusivamente a darle cima, tras preparación lenta y madura,

con aquella fe amorosa de nuestros artistas del Renacimiento que erigían catedrales, esculpían bronce, tallaban cálices o componían salmos. Con escenario más limitado que cualquiera de sus obras gemelas anteriormente publicadas—el pintoresco pueblecito alicantino de Bañeres, la ciudad, medio manchega y levantina, de Almansa, y la campiña circundante—«Almansa» es toda una novela de colorido y vigor tan propios que no desmerece al lado de cualquiera de las mejores debidas a los maestros del género. Los personajes de este poema histórico-novelesco tienen relieve propio, y el lector, que velos animados de vida intensa, de sentimientos desbordantes, de pasiones fuertes, no puede dejar el libro cuya lectura ha comenzado, hasta que termina la de sus trescientas y pico de páginas, cediendo no pocas veces a la premura por volver la hoja y seguir la ora patética, ora pintoresca, sucesión de episodios, la profundidad ideológica que el autor imprime en cada una de ellas, y que logramos desentrañar cuando es leída con un poco de detenimiento. Difícilmente podrá encontrarse en obra novelesca alguna un conjunto de figuras tan armonioso y completo como el de las que integran la trama y la acción de «Almansa»: don Jaime de Centelles, Casilda, Mosen Vicente, Borja, etc., constitutivas de todo un universo sentimental, como tampoco pasajes de superior fuerza, emotividad y justeza descriptiva a los de la persecución del cabecilla de los *maulets* y los preparativos y desarrollo de la batalla de Almansa, jalón señero de nuestra Historia, este último digno de pasar a las antologías del género.

El estilo es de una fluidez exquisita, de una sencillez y sobriedad notables, y el léxico de pureza que maravilla, máxime teniendo en cuenta que su autor vive desde hace años en Buenos Aires, en donde, como en casi toda América, el idioma adopta giros autóctonos que restan justeza a la expresión. A pesar de ello, en esta obra sólo puede observarse, por todo argentinismo, la palabra *ubicado*, y esto una vez, argentinismo que, como se sabe, equivale a *situado*. No es posible echar de ver otra falta de propiedad, de elegancia, de precisión idiomática.

Alfonso Danvila merece bien de la patria y del Arte. Alejado de la primera, en una dilatada vida consagrada por entero a su servicio, aún quiere laborar más intensamente por su gloria, valiéndose del medio elevado y perdurable por antonomasia, cual es el cultivo de su Literatura, tomando como leitmotiv creador la exaltación de nuestra tierra y nuestros hombres, y el esclarecimiento del pasado español, tan oscuramente enjuiciado, por lo general.

ANGEL DOTOR

“LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX”

“ALCALA GALIANO”

(Conclusión)

Pues lo de monacales atacaba indudablemente al O, atacaba a la iglesia, no se puede negar, y la esia decía, y desde su punto de vista decía biens preferible que haya una iglesia docente bienzanizada, rica y poderosa, a esa circulación de lqueza de que habláis vosotros, puesto que ests la riqueza material y la iglesia es la riqueza eta. Con el Evangelio en la mano y admitido éstomo palabra divina, infalible, la iglesia tenía y tiey tendrá siempre razón en este punto. De aquí laerna cuestión de Gregorio VII, del sol y de la luz de que la iglesia es el alma del Estado y miras no se le niegue a la iglesia que el alma del estado sea la suya, y yo no digo que se le niegue, se le puede negar que importa más conservar iglesia que es el alma, que el Estado que es elerpo. Pues esto se hizo en España y ésta fué c de las causas de haberse levantado el antiguo estu español contra la revolución. No es esto d: que yo no esté conforme con lo que se hizo; yreo que más valía que hubiese caído entonces Constitución y que hubiera pasado este primerríodo de ensayo y que después se volviera a larga y que estas leyes quedaran como sedimentara ir formando el partido liberal y la realidad lral, como en efecto sucedió, porque de aquí nacil gran espíritu progresivo con propio aliento, cpropia savia. Pero por de pronto, como causa inriata de la caída del sistema constitucional seede presentar ésta que es una de las más impantes.

Las tes no podemos estudiarlas nosotros por todos losnceptos que abarcan y todo lo que hicieron pa revolución con alguna influencia. Decíamos c había en ellas más divisiones que en las anterás. ¿De qué nacían estas divisiones? Nacían pcipalmente de las luchas intestinas de las sociedes secretas.

Estorece que nos arranca por un momento, y así es efecto, de la historia de las Cortes, o al menos ca breve reseña que hicimos de su espíritu, y peso las dejaremos aquí por ahora, para tratar pr:ro de las sociedades secretas que eran

las que causaban estas luchas intestinas: pero cuando lleguemos al año 22, volveremos a reanudar el hilo por esta parte, al presentar las Cortes tal como eran y como procedieron para prepararse la caída del sistema constitucional y como se portaron enfrente de la invasión; todo ello si el tiempo no apremia.

Señores: yo no tengo prevención de ningún género contra las sociedades secretas. Primeramente yo no estoy seguro de no estar radeado en todas partes de masones, por ejemplo. Yo no lo soy, pero respeto al que lo sea; yo no participo ni de cariño ni de animadversación a estas sociedades, ni tampoco de esa displicencia, ya un poco vulgar, con que suelen mirarlas otros, ni menos del terror que suelen inspirar al vulgo. Pero sea de ello lo que quiera, aunque tengo respecto de ellas cierta antipatía por esto del secreto y por algunos de sus hechos, como por ejemplo, la persecución que hicieron padecer a cierto ilustre filósofo, de todas suertes soy completamente imparcial por lo que se refiere a estas fundaciones, tal vez reflejo de los *eranos* griegos y de los *collegia* romanos; pero en cuanto a la España de aquel tiempo, no cabe duda que causaron graves males al país y que fueron una de las principales causas de la ruina del sistema constitucional, puesto que fueron el principal motivo primero del poco prestigio, de la poca fuerza en el poder, de la falta de iniciativa de los hombres de Estado en aquel tiempo; y además, causa de las divisiones que van apareciendo ya en los mismos partidos constitucionales.

Es decir, causas de aquello que era la podredumbre interior, de aquello que no era influencia exterior, influencia del absolutismo y de las potencias extranjeras, enemigos que estaban acechando a la Constitución, sino causas de putrefacción del mismo sistema constitucional.

Tampoco hace falta referir la historia de estas sociedades, y mucho menos apremiando el tiempo y proponiéndome ser breve: pero sí se puede indicar que el gobierno supremo de esta institución, el gobierno de la masonería, era el verdadero gobierno en España; que si tuvo poco influjo,

por ejemplo, en el primer ministerio de Fernando VII, en el de Argüelles; de Pérez de Castro, etc., ya lo tuvo muy grande en los siguientes; sobre todo, en el gobierno compuesto exclusivamente de masones, de D. Evaristo San Miguel. ¿Ya sabéis que los ministerios toman el nombre de la persona que más influye en ellos; porque entonces no había presidente del Consejo de Ministros.

Pues bien; aun en el primer ministerio constitucional, logró la sociedad masónica que pasasen a formar parte de él algunos de sus individuos más principales, y si bien D. Agustín Argüelles jamás lo tomó con calor, ni se dejó imponer como otros; algo sin embargo, se dejó influir por esa sociedad; pero llegó un tiempo en que el gobierno no era más que una sucursal de la Junta suprema de la sociedad masónica, y en ésta, sí, ya figuraba Alcalá Galiano, y desde allí dictaba todas las medidas radicales que le parecían buenas para salvar la Constitución, muchas de las cuales llevan consigo esa falta de respeto al monarca; de que se quejan los escritores absolutistas. Es indudable, que lo mismo la plebe que los otros elementos no tuvieron con Fernando VII todos los miramientos que debieron tenerse, pero también es cierto que Fernando VII obraba siempre con insigne mala fe con el gobierno y con los liberales.

¿Como si esto no fuera bastante, como si no fuera indigno que el gobierno de toda una nación tuviese que obedecer a un espíritu de pandillaje, que no por ocultarse con nombres más o menos ceremoniosos dejaba de ser pandillaje, todavía tenemos otra causa: la división que nace dentro de estas mismas sociedades y dentro de sus diferentes tendencias. ¿aquí vamos a ver dos causas, por un lado la causa directa de la caída del sistema constitucional, y por otro lado la prueba de un espíritu de abstracción y puramente formalista a que me he referido antes.

Con efecto, un país que ha vivido bajo la férula del absolutismo tanto tiempo y que se dice hambriento de libertades, va, sin embargo, a desprenderse de aquellas que valen más que todas y que están hasta cierto punto garantidas aun en el sistema absolutista por la fuerza del libre arbitrio, de que nos habla Calderón; va a someter su albedrío a un poder extraño. ¿Ya sabéis que todo el que entraba en estas sociedades perdía, hasta cierto punto, la libertad, y aún otras cosas más graves, como el criterio de la moralidad, puesto que se le obligaba a cometer ciertas acciones, no guiándose por el espíritu de su propia conciencia, sino por la conciencia colectiva, es decir, por aquello a que le ataba el juramento.

Pues esto indica lo que valía el espíritu liberal en el fondo, y cómo no estaba en las entrañas del pueblo, ni era reclamación social de un país que quiere y pide sería y decididamente su derecho.

Roma, que efectivamente fué el pueblo que ejerció mejor sus derechos, el pueblo que los conquistó y supo ganárselos con su trabajo, no tuvo estas sociedades secretas: había reuniones en ciertas ocasiones para censurar el poder del tirano, pero no se sometían a una voluntad abstracta, porque los ciudadanos estaban sometidos al interés político. Entre nosotros no sucedía esto, entre nosotros, es decir, en la mayor parte de los liberales de entonces, esta abdicación formal, esta abdicación en un criterio ajeno, las más veces por desgracia desconocido, llevaba a compromisos extremos, sin iniciativa propia, sin iniciativa de la conciencia. Se entregaban mediante un juramento a una voluntad exterior y algunas veces misteriosa y criminal al fin y al cabo. Dígalo el compromiso que se quiso que contrajeran Galiano y tantos otros de reconocer la legitimidad de una sentencia de muerte contra Fernando VII.

¿Para ver hasta qué punto el espíritu español continuaba siendo soñador en gran parte examinemos brevemente lo que sucede con las sociedades que se crean por enemistad a la masónica, llamadas de los *Hijos de Padilla* o comuneros. Sabéis que la sociedad de los comuneros se creó robándole un pensamiento a Gallardo, popular escritor, más célebre acaso de lo que merecía. Gallardo dice que a él le robaron el pensamiento de fundar una sociedad, a imitación de las masónicas. La idea era que en vez de traer ritos de países extranjeros, se basara la nueva hermandad en las antiguas instituciones de las comunidades de Castilla, siguiendo las costumbres de aquel tiempo. Así se hizo. Llamáronse hijos de Padilla o comuneros, y se dividían, en vez de lógias, en torres; y es de ver el ceremonial con que había de celebrarse la iniciación en estas sociedades. ¿O, leyendo eso de que para entrar el iniciado había que manejar el rastillo y el puente levadizo del castillo y hacer gran ruido de cadenas y dar voces de alerta y meter el neófito en cuerdas oscuras para prestar juramento y repetir una y cien veces si se sometía a lo mandado, comparaba a estos iniciados catecúmenos que llegaban a uno de estos castillos, con nuestro inmortal D. Quijote cuando se acercaba a una venta; y en efecto, el español siempre se parece a D. Quijote, que está viendo constantemente castillos en lo que son ventas, y que como tales consideraba Sancho Panza. Porque es de saber que si los españoles llevan consigo a D. Quijote, también llevan a Sancho. ¿Si en tales castillos se entra sin miedo, como podemos entrar nosotros ahora, se verá que hay comunicaciones frecuentes entre unos y otros, sobre todo, de los castillos de las provincias al de la capital, y en esas comunicaciones no siempre se hablaba de acabar con la tiranía, sino que las reyertas de castillo a castillo eran por motivo de empleos, es decir, que se notaba por una

parte el idealismo falso en aquel modo de entender el derecho y la libertad, pues tal libertad hacía cada ocho días levantarse, no en armas, sino *en* gritos, puede decirse, al pueblo madrileño; y aquel afán de ir a recabar de palacio lo que no podían recabar de sí mismos, aquel asueto de los españoles; aquel arrojar los instrumentos de trabajo para irse al motín, aquel espíritu de la baladronada, de la abstracción, del Quijotismo tenía por extraño complemento el espíritu de la conspiración por el pan de cada día, este espíritu de la empleomanía que comenzó entonces a ser sistemático y a tener sus fueros constitucionales en el turno más o menos pacífico. ¿No estamos hoy viendo discutir a muchos partidos respetables y serios, sobre materias abstractas, sobre materias que apenas cabría discutir en una academia sin sentir hasta náuseas; no los vemos discutir y hasta dividirse y subdividirse en fracciones por esta clase de materias que ni nombre tienen en buen castellano, y, sin embargo, no vemos que por lo que en realidad se dividen y subdividen es por el empleo y por el distrito? De manera que la España de ahora es la misma en este punto que la del año 23.

Daba todo ello ocasión a divisiones en los gobiernos a constantes luchas y fraccionamientos de fuerzas, que, por consiguiente, hacían flaquear al poder, que necesitaba defenderse contra aquel enemigo, contra el absolutismo, contra el espíritu de inercia de la Nación que realmente se convertía en espíritu de acción cuando se atacaba a una de aquellas ideas tradicionales, que efectivamente eran españolas rancias.

Hay que confesarlo, señores, porque se puede ser muy liberal sin dejar por eso de reconocer que la libertad en España estaba en mantillas. Lo que era profundamente nacional era la religión y la patria; y en la célebre epopeya de nuestra independencia fueron muchos los que defendieron la libertad, los que procuraban el renacimiento, según ellos, o quizás el nacimiento de la libertad, pero es indudable que la masa general del país por lo que peleaba era por la patria y por la religión. Esta había de ser otra causa de la caída del constitucionalismo; y observad que no por decir esto despreciamos a los liberales, antes bien los ensalzamos; porque si dentro del país estaban en minoría, tanto mayor es su mérito cuanto menor fuera su número, y a más tiene que tocarles en este reparto de gloria. Eran pocos los liberales verdaderos, los que estaban resueltos a todo por defender la causa del pueblo, y prueba de que eran pocos es que cayó el sistema proclamado en Cádiz.

Pero llegamos ya a la causa principal y directa de la caída del gobierno constitucional. Todas las enumeradas tan ligeramente contribuyeron a ella, pero el principal impulso tenía que venir de fuera y así sucedió. En Europa reinaban por aquel tiempo

vientos de reacción. Había en Rusia un romanticismo diplomático, y se notaba el afán de dar un brillo místico al poder del Czar; Prusia se estaba reformando también con elementos de concentración despótica; en Francia imperaba la restauración y en Austria continuaban las tradiciones de absolutismo con que se quería sujetar no sólo a los nacionales sino a una gran parte de Italia. Realizábase la *Cuádruple alianza*, y uno de los primeros fines que se propone es someter a los españoles al sistema general de Europa. Estorbaba este pedazo de libertad, al menos aparente, que existía en España y querían no aislar el foco, sino destruirlo. En el Congreso de Verona es donde la cuestión se trata de un modo directo y allí se plantea resueltamente el problema de acabar con la libertad española.

Entre los espíritus notables, entre los hombres más importantes que llevaban esta trama, figura Chateaubriand. El Vizconde de Chateaubriand fué sin duda alguna el que más contribuyó a la invasión y a la pérdida de nuestra libertad; pero era siempre un espíritu elevado y procuraba dar a este atentado cierto carácter de bondad, cierto sello de cristianismo que le hiciera simpático, no sólo para los elementos invasores, sino para el mismo pueblo invadido; porque Chateaubriand tenía de España una idea que muchos compartían. No era para él un país que estuviese llamado a regenerarse y a seguir las corrientes de toda Europa, si no un pueblo petrificado que siempre debía permanecer como modelo de lo que era una nación en la Edad Media, y quería que quedase como ejemplar arqueológico que pudiera servir de recreo y de estudio a las modernas generaciones. Este afán de que nuestro progreso consiste en permanecer quietos le han tenido y le tienen aún muchas notabilidades extranjeras; así es que cuando nosotros en literatura queremos emanciparnos o en religión queremos abrir cauce a las ideas modernas, nos dicen: No; a vosotros, españoles, os sienta mejor representar el antiguo régimen, el feudalismo y la Iglesia oscurantista, como fondo negro en que resaltan más vuestras costumbres y vuestra indumentaria por extremo pintorescas.

Tal era la idea de Chateaubriand y por eso, no recuerdo si en el *Genio del Cristianismo* o en las *Memorias de ultra-tumba*, se compara a sí mismo con España y mostrándola cierto cariño; viene a decir: «Ni tú ni yo somos modernos; ambos hemos nacido para la soledad y para la tristeza, tú para vestir el sayal del mendicante, yo para vivir en el retiro, y juntos lloramos nuestras penas.» Este aspecto, condenable desde otros puntos de vista, pero poético y casi perdonable en este sentido, era el que adoptaba aquella invasión tratando de imponer su criterio al pueblo que por todas partes había impuesto el suyo en los pasados siglos.

En cuanto al personaje que representa el brazo de esta invasión parricida y toma el mando de las legiones extranjeras, no quiero juzgarle yo. Al Duque de Angulema voy a dejar que lo juzgue un compatriota suyo; porque esta invasión presenta caracteres bien distintos de los que tuviera la invasión napoleónica. Antes era un gran hombre luchando con un gran pueblo; ahora era un hombre tan pequeño como vais a ver, y un pueblo que le abría el paso y le dejaba llegar hasta el Trocadero sin oponer resistencia; es decir, antes lo sublime, ahora lo ridículo.

Flaubert en su último libro titulado *Bouvard y Pecuchet*, representa a dos pobres escribientes que se encuentran en un boulevard, que comienzan hablando de varios asuntos y poco a poco se van entendiendo hasta el punto que deciden vivir juntos y trabajar juntos.

En efecto, se dedican a multitud de oficios, unas veces son poetas, otras filósofos y llega un momento en que convienen en meterse a historiadores.

—«¿Y ¿qué escribiremos? pregunta el uno.

—«Biografías, contesta su compañero ¿Le parece a Ud. que escribamos la historia del duque de Angulema?

—«¡Pero hombre, si era un imbécil

—«¿Qué importa? Los personajes de segunda fila tienen a veces influencia enorme.»

Y en efecto empiezan a tomar apuntes que han de servir de armazón para la obra histórica.

Guerra de España — Desde que atraviesa los Pirineos (Angulema), la victoria sigue por doquiera al nieto de Enrique IV. Toma el Trocadero, llega a las columnas de Hércules, aplasta las facciones, abraza a Fernando y da la vuelta. Arcos de triunfo, flores que le presentan las jóvenes, comidas en las prefecturas, *Te Deum* en las catedrales. Los parisienses llegan al summum de la embriaguez. En los teatros se cantan alabanzas al héroe.

«El entusiasmo disminuye porque en 1827 en Cherbourg un baile organizado por suscripción, fracasa...

«Como es Gran Almirante inspecciona la flota que va a partir para Argel.

«1830. Marmont le manifiesta el estado de las cosas. Se excita hasta el punto de herirse una mano con la espada del general.—El rey le confía el mando de todas las fuerzas.

«Tropieza en el bosque de Boulogne con tropas de línea... y no encuentra una palabra que decirles.

«De Saint-Cloud vuela al Puente de Sévres.

«Se sienta al pie de una encina, despliega un mapa, medita, vuelve a montar a caballo, pasa por delante de Saint-Cir y envía a los colegiales palabras de esperanza.

«Se embarca y está enfermo durante toda la travesía. Fin de su carrera.

«Hágase notar la influencia de los puentes en la vida del héroe: se expone inútilmente en el puente del Inn; toma el puente Saint-Sprit y el puente Lauriol; en Lion le son funestos los dos puentes; y su fortuna espira ante el puente de Sévres.

«*Cuadro de sus virtudes.*—Inútil alabar su valor, al cual unía una gran política, pues ya se sabe que ofreció a cada soldado 60 francos por abandonar al Emperador, y en España trató de corromper a fuerza de dinero a los constitucionales.

«Su reserva era tanta que accedió al matrimonio de su padre con la reina de Etruria, a la formación de un gabinete nuevo después de las ordenanzas, a la abdicación en Chambord... a todo lo que de él se quería.

«*Rasgos característicos.*—Una vez visitó un cuartel, pidió un vaso de vino y lo bebió a la salud del rey.

«Cuando paseaba, para marcar el paso, solía repetirse a sí mismo: una, dos, una, dos, etc.

«Se conservan algunas frases célebres de este héroe.

«A un diputado de Burdeos: «Lo único que me consuela de no estar en Burdeos, es el estar entre vosotros.

«A los protestantes de Nimes: «Yo soy buen católico, pero no olvidaré jamás que el más ilustre de mis antepasados fué protestante.

«Después de la abdicación de Carlos X: Puesto que no me necesitan, que se arreglen sin mí como puedan.

«Proclamas: ¡He llegado. Soy el hijo de vuestros reyes: vosotros sois franceses!

«Orden del día en Bayona: ¡Soldados! ¡Acabo de llegar!»

Este era, según el célebre Flaubert, el hombre que venía a invadir a España después de haberla invadido Napoleón. Y, sin embargo, lo que no consiguió aquel gran conquistador, lo consiguió el duque de Angulema. ¿A qué se debió esto? A que lo que se defendía antes era la patria, era amor de todos, mientras que lo que se defendía en estos tiempos era obra de un partido, del partido liberal. Y así se ve, por ejemplo, que llega Angulema a la misma Zaragoza, y Zaragoza le abre sus puertas; y empezaron a agregársele los diferentes ejércitos, y al fin pudo llegar al Trocadero, y pudo conquistar a Cádiz, y pudo conseguir la derrota de los liberales, y arrancar aquel decreto en que Fernando VII promete que ha de conservar parte de la libertad política, decreto que en seguida deroga, y ya sabéis que la libertad cae en aquel punto. Pero antes de

contemplar estas tristezas, hay que recordar brevemente a Alcalá Galiano, y la famosa sesión en que se realiza aquel acto que muchos han calificado como indigno de un parlamento, y como indigno de un grande hombre. Me refiero al acto en que se declaró loco a Fernando VII, decisión, que como sabéis, no es única en la historia.

Mucho se critica por parte de los que no son partidarios de la libertad, que hubiese resistido el ministerio de San Miguel a la influencia extranjera. Se dice que era una locura hacer aquello, que no debía resistir, que debía someterse y entregar el poder, puesto que tan formidables fuerzas se le venían encima. Sin embargo, esto no se hace, y creo que en aquellos momentos el partido liberal por lo menos, lo que debía hacer era luchar aunque supiese que luchaba a la desesperada; una cosa es que la fuerza de las circunstancias exigiese que España no pudiera resistir, y otra cosa es que si estaba comprometida en la obra de la libertad, luchara hasta el último momento, y así se explica que Alcalá Galiano que lo veía todo claro, fuera quien tomó la iniciativa en la resistencia, y consiguió, como sabéis todos, que se trasladasen las Cortes a Sevilla, habiendo entonces un movimiento de verdadero ardor patriótico por parte de los liberales. Como el de las jornadas célebres de Julio del año 22, era el de ahora un movimiento en que empezó a asomar el interés de la libertad en España, como verdadero, como nacional, como algo que arraiga ya en las entrañas de nuestro pueblo que es digno de tenerse en cuenta, y que va preparando la España futura, pero interés de los menos todavía.

Trasládanse a Sevilla gran parte de las fuerzas de milicianos nacionales; trasládanse las Cortes y se las ve esperando el resultado de aquella lucha inverosímil de un solo partido dividido y subdividido, contra todo el poder de la Europa. Esto era grande, aunque pudiera ser imprudente: la contestación que dió el ministerio San Miguel a las imposiciones y a las notas de Austria, Prusia, Rusia y Francia, las tres primeras sobre todo, verdaderamente irrespetuosas y provocativas, fué digna, y consta de ocho partes que no puedo repetir ahora por falta de tiempo, aunque me lo había propuesto; pero en todas ellas se ve resplandecer la verdad, la razón y la justicia y sobre todo la dignidad del pueblo español.

Y si yo he analizado de esta manera un poco fría el espíritu liberal de entonces, no es porque admire menos a los liberales de aquella época; lo que quiero hacer notar es que luchaban pocos contra muchos y que la derrota era segura. ¿Cómo no ha de ser grande el espíritu de resistencia? ¿Y quién representaba en la lucha el de España la nueva, sino Alcalá Galiano, que es el verbo de aquellas Cortes? No fué diputado ni el 20 ni el 21, no lo fué hasta las Cortes del 22, y ya en las célebres sesio-

nes de Febrero pronuncia aquellos magníficos discursos en que se mueve la opinión general, en que el corazón de todos late al unísono, en que hay abrazos y hay aquella efusión que ojalá pudiéramos tener nosotros ahora. Entonces era la resistencia noble, la resistencia digna avivada por la elocuencia, que se inspiraba en un verdadero patriotismo, porque no cabe negar que fuese patriotismo, lo que no era patriotismo de todos los españoles; lo era en los liberales, que ellos creían encarnada en la causa de la libertad la idea de la patria.

Villacampa en Andalucía deja libre el paso de Despeñaperros y entonces se celebra la sesión del 11 de Julio. Yo ruego, yo recomiendo a los que tengan afán de estudiar estas cosas, que en vez de recurrir a las historias vulgares lean la misma sesión del 11 de Julio: allí puede decirse que aparece en su más alto momento la personalidad de Alcalá Galiano. Orador insigne y joven, hombre de gran iniciativa, de muchos recursos, idealista a la larga, práctico a la corta, antes liberal que dinástico, valiente en tales lances, hipotecando la vida por llevar adelante la audacia, noble condición en tal época, se nos presenta en esta ocasión con la grandeza de un héroe verdadero.

El rey se resistía a abandonar a Sevilla, las Cortes vivían azoradas, estaban esperando de un momento a otro la invasión, la prisión y tal vez la muerte, y, sin embargo, no podían moverse de allí mientras el rey no se moviera; y entonces Alcalá Galiano toma la iniciativa. Estaba enfermo, habíase retirado calenturiento. Las calenturas eran antiguas en él, las había padecido en su niñez y además en Suecia, donde había estado a punto de morir. A pesar de sus luchas con la fiebre abandona el lecho llevando la calentura consigo; arrastrado por la inspiración, ganoso de servir a la patria a costa de su vida, se dirige a las Cortes. Tal vez dependió en parte del estado febril que le prestaba fuerza la violencia de la resolución de aquel día. Llegó a las Cortes, estaban ya pobladas las tribunas, como si se esperara una gran resolución, había gran efervescencia, se quería que el rey hiciese algo y no lo hacía, que el gobierno tomase la iniciativa, sobre todo, y si no que las Cortes obrasen por su cuenta. En una habitación separada de la sala de sesiones por un tabique que dejaba pasar el ruido, estaban reunidos los diputados. Todo se volvían pareceres, pero no había ninguna decisión, y los pareceres eran encontrados y no había nada que pudiese salvar la situación; y entonces se impone la palabra de Alcalá Galiano y su ingenio y energía encuentran una solución y la propone. D. Agustín Argüelles, a pesar de su prudencia, la aconseja como la única salvadora o como la menos mala. Se abre la sesión pública, y después de interrogar Alcalá Galiano al Gobierno sobre la situación del ejército y sobre los medios con que cuenta para salvar

el sistema constitucional, y a los mismos diputados, y después de contestar el ministro de la Guerra sin decir en suma nada, se reconoce cuán apurado es el trance; Alcalá Galiano propone que se nombre una Comisión que vaya a decir al rey que es necesario que abandone a Sevilla y se refugie en Cádiz, y añade que si el rey se resiste, entonces tendrán que tomar otra medida las Cortes. En efecto, se nombra la Comisión; esta Comisión la preside el célebre D. Cayetano Valdés, ilustre general monárquico, hombre que amaba al rey, pero que comprende que el patriotismo exige una medida extrema. Se presenta la Comisión a Fernando VII. Llevaba una hora de plazo y se la había dicho que si después de pasada aquella hora el rey no contestaba se procedería a lo que se tenía convenido. En efecto, pasó el tiempo, las Cortes se declaran en sesión permanente, vuelve la Comisión, y Don Cayetano Valdés tiene que declarar que el rey no ha accedido a su pretensión y que no quiere abandonar a Sevilla, y declara que cuando la Comisión insiste, el rey levantándose y friamente exclama: «He dicho.»

Y entonces se levantó Alcalá Galiano y pronunció el célebre discurso que traigo aquí copiado, pero que no quiero leer por la premura del tiempo, y dice en aquellos momentos solemnes esto en sustancia: «Si el rey no quiere abandonar a Sevilla; si las tropas enemigas están encima de nosotros; si es inminente la perdición del rey que va a caer en sus manos, y él no quiere evitarlo, las Cortes tienen que declarar que el rey ha perdido el uso de la razón, y proceder a lo que la Constitución previene para estos casos.»

Y en efecto, cumpliendo el precepto constitucional se declara temporalmente depuesto al rey Fernando, se nombra una regencia de la que fué presidente el mismo general Valdés y se obliga al rey a trasladarse de Sevilla a Cádiz.

En aquella noche Alcalá Galiano que fué el hombre de la solución, el único que tuvo una idea grande y salvadora, calenturiento todavía, abrumado por las fatigas de aquella sesión, que se declaró permanente mientras se preparaba el viaje del rey, se reclinó a descansar al pie del solio de las Cortes. Escena parecida ha pintado Hartzenbusch en *La jura en Santa Gadea*, cuando todos andan buscando al Cid, pero el Cid no parece y por fin le encuentran durmiendo a los pies del trono; es decir, guardando la soberanía de la patria sin monarca. En el tiempo del Cid la soberanía de la patria la representaba el trono, y en la época de Alcalá Galiano la soberanía de la patria se cifraba en las Cortes;

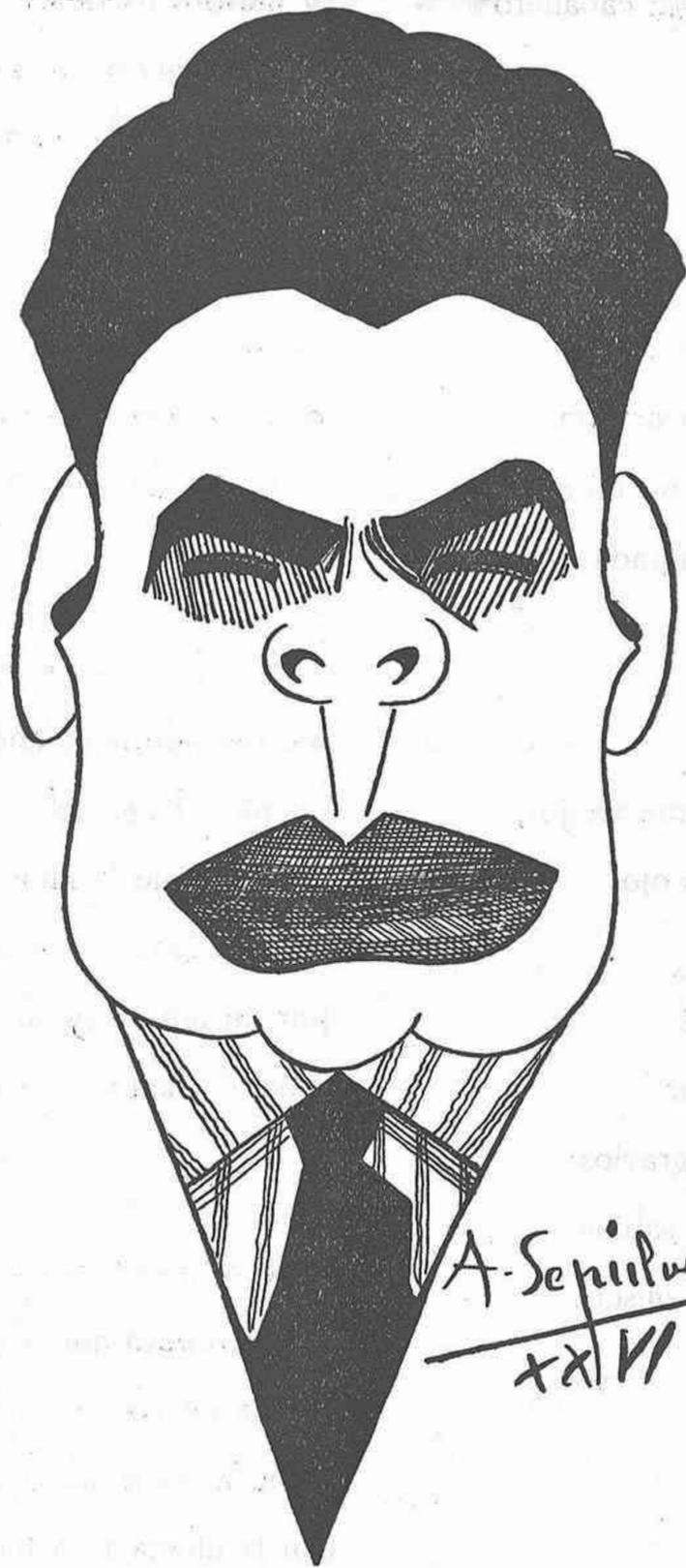
por eso, como el Cid, debía dormir al pie del solio. Después, señores, viene la desbandada, que no hay para qué pintar, ni tampoco he de hablaros de los tiempos de la emigración, aunque en rigor el tema lo exige. Pero como quiero concluir, aún con menoscabo de la integridad del asunto que se me había señalado, sólo diré que en esa emigración continuó manifestándose el mismo espíritu de división y de discordia que tan fatales resultados había dado en la época del triunfo.

Las divergencias entre los liberales que dieron origen a las fracciones que después se llamaron de moderados y radicales no permitieron nunca la realización de un plan combinado, y de nada sirvieron los sacrificios aislados, como el de Zorrijos y sus compañeros; de nada sirvieron aquellas sublevaciones militares que acababan siempre por sangrientas ejecuciones. Así como se dice que el Sah de Persia lleva en sus sandalias el polvo de la patria cuando de ella sale, puede decirse que el español lleva a la emigración el polvo de todas las pequeñeces, de todas las rencillas de su país. Por esto no pudo triunfar el espíritu constitucional, y si después lo consiguió, no fué por la acción de los emigrados, sino por otras causas independientes de su esfuerzo y de su voluntad. Esto podrá parecer triste, pero es la verdad, y así lo dice el mismo Alcalá Galiano, y ojalá, por lo menos, sirva de lección el pasado al presente y al porvenir.

Volvieron al fin los emigrados; ¿pero cómo volvieron? Esto será materia de otras conferencias; yo quiero concluir la que a mí se me ha confiado, diciendo que volvieron aquellos hombres para empezar otra vez la misma pelea, los mismos inútiles sacrificios, inútiles y estériles las más veces, porque de una parte incurrieron en el mismo afán de las divisiones, y de otra admitieron un concepto de la soberanía nacional que no es ni puede ser el verdadero. Observad, señores, que no se aspira aquí a la soberanía en las condiciones en que vino a encontrar la suya al rey Wamba, trabajando la tierra; nuestro pueblo no quiere ser rey como los reyes pastores, sino como los reyes holgazanes. Yo creo que si alguna vez hemos de conquistar la soberanía de veras ha de ser trabajando el derecho como heredad del espíritu, día por día, hora por hora, sacando la libertad del terruño, de ese terruño amado de la patria regado ya por tanta sangre y que aún deben regar muchos nobles y fecundos sudores. He dicho.

(Repetidos y entusiastas aplausos)

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)



JOSÉ BALSEIRO

por A. Sepúlveda.

MI CAPA ESPAÑOLA

Cuando envuelto en mi capa española
voy vagando por esas callejas,
mi alma huye, romántica y sola,
por soñar con edades añejas.

Y evocando del Siglo de Oro
—celo, amor, desafío, conquista—
el eterno tesoro,
forjo más mis quimeras de artista.

Como un ojo de plata, la luna
ilumina mi paso
que va siempre tras una
boca en flor de caricia y de raso;
y en la reja
más noble y más vieja
de la antigua ciudad toledana
siempre aguarda una rosa temprana
por mi amor lisonjero...

Si se escucha de algún caballero
la recia pisada,
la faz embozada
descubro el primero;
y empuñando mi espada,
decidido, valiente, altanero,
en el pecho una rosa encarnada
le he de abrir al rival, con mi acero,
para darla en ofrenda sagrada
al amor que yo quiero.

Y la dama, fingiéndome enojos,
la limosna de luz de sus ojos
no me deja brindar.
Pero entonces mis labios
una trova se dan a cantar
y se borran los dulces agravios
y florecen los besos que sabios
como abejas, van miel a gustar.

Y al sonar
las nocturnas campanas
doce acentos iguales,
como voces lejanas,
en mi fabla hay aún madrigales

y floridos rondeles
que alabando los dedos ducales
y los labios de mieles
y los ojos liliales,
reconquistan los áureos amores
de la rosa temprana,
que en la reja de amor toledana
es la flor de las flores...

La blancura de paz del pañuelo
me despide temblando
mientras llega del cielo
el palor que la luna va dando.
Y otra dama esperando
por mi amor, en su reja,
echa al viento en suspiros su queja...

Y al nacer la mañana
con su nueva aureola,
me ha de ver la ciudad toledana
embozado en mi capa española
con la última rosa temprana
que halló el alma, romántica y sola...

JOSÉ A. BALSEIRO.



CUESTIONES LATENTES

HUMO, CARBÓN, CISCO.

¿Cuántas comisiones, cuántos técnicos, intervinieron ya en la cuestión de nuestros carbones? Desde que terminó la guerra—¡hace unos años!—surge periódicamente la crisis hullera. Una comisión va, otra viene, y a la postre nunca sabemos el resultado. En Inglaterra, las comisiones publican sus informes, el público forma su opinión, y aunque al final la solución sea difícil o imposible, la gente sabe a qué atenerse por lo menos. Aquí suelen desarrollarse esas gestiones en el mayor misterio; los informes quedan archivados; los periódicos callan; los obreros aguantan, y hasta que venga otro conflicto encima.

Así resulta que el tópico, la tontería y el despropósito, son el patrimonio de los que salen a la palestra a hablar de nuestra crisis hullera, cual ocurrió en la última y cursi asamblea donde se trató el problema: al oír a los oradores insistir y machacar sobre eso del carbón y la independencia nacional, parecía que estaban franceses e ingleses a la puerta del local para arremeter contra nosotros, infelices que tenemos nuestras minas abandonadas expuestas a la pérdida fulminante de la patria.

No se sabe si, por ignorancia o por cobardía, este asunto cuyas premisas debieran estar expuestas con toda claridad, resulta más oscuro que las propias entrañas de la mina. ¿Falta de concentración industrial; exceso de producción; precio elevado de la explotación; tarifas; protección al carbón extranjero? Quizá haya de todo y todo sea más importante que esa garrula oratoria de una independencia nacional que nadie amenaza, y si amenazara, fuera lo mismo, puesto que hoy, para nosotros, el carbón sería el último factor caso de conflicto armado, y aun poseyendo otros elementos de que carecemos, de tener que hacer frente a otra

potencia, si no estamos equivocados la base de la defensa de una nación marítima, cual España, serían el submarino y el aeroplano, y ninguno de ambos artefactos se mueve con carbón. Insistir, en esto, por lo tanto, es ponernos en ridículo, y hacer que la gente olvide cosas muy esenciales.

Aludir al patriotismo también, tratándose de cuestiones financieras y comerciales, es salirse por peteneras. Y en el caso del carbón, más. La interdependencia y solidaridad económicas de los pueblos, obliga a concesiones en las que el débil, quiera o no, tiene que someterse al fuerte. Si Inglaterra necesita exportar carbón, porque su crisis es más grave que la nuestra, se impondrá en unos casos a los pueblos que tiene sujetos, y en otros a los que necesitan de ella para colocar sus productos, cual sucede con los de la agricultura española, por donde querer cerrar la entrada al carbón inglés equivale a cerrar la salida a los aceites, naranjas, nueces, castañas y vinos, de media España. Y en último término, en cuestión de negocios no hay patriotismo, sino ganancia. El ideal sería, por ejemplo, tener buenos cortes de paño inglés a cinco duros, y no del nacional a quince, que por venir desde atrás con los sistemas proteccionistas invocando razones patrióticas es por lo que se crean y sostienen industrias artificiales en detrimento del consumidor.

Quisiéramos conocer los informes de las comisiones. Por carecer de los datos que en ellos están acumulados, tenemos que hablar casi a ciegas de la crisis hullera, y es necesario hablar aunque no sea más que para decir alguna frase fuerte o detonante en este ambiente de vaselina. Es mentira, en primer lugar, que la crisis del carbón sea un problema nacional: es mundial; en relación con la

economía de España tiene bastante menos importancia que en Inglaterra. Mientras aquí pudiera arreglarse, en el supuesto de que tuviera arreglo, con enérgicas medidas de gobierno, allí pone en peligro la existencia de todo el Imperio. Para Alemania o para Francia es también cuestión de vida o muerte; para España y para Asturias no sería más que un quebranto, grave para la región, pero quebranto al fin. ¿Cómo se exagera tanto haciendo depender la vida de Asturias únicamente del carbón, olvidando que gran parte de la provincia es agrícola, ganadera y marítima; que tiene otras muchas riquezas, inexplotadas por desidia de los capitales; y cuenta con industrias nuevas, indirectamente ligadas al carbón, que dan vida a muchos miles de familias? ¿Por qué exagerar y perder el equilibrio? ¿Será cierto lo que malas lenguas susurran de que en nuestra crisis hay mucho de artificial, y que por no sacrificar la caja propia, se quiere meter miedo para sacrificar la del Estado, o lo que es lo mismo, la del contribuyente? El mero observador puede comprobar que el tráfico de nuestros ferrocarriles no cesa de tomar incremento, que los trenes cargados de mercancías y carbón circulan día y noche; por las estadísticas sabemos que se explota más carbón que nunca, y en otros aspectos, el de la construcción, por ejemplo, nunca se ha visto tanta actividad. Los que principalmente se quejan, y con razón, desde luego, son los comerciantes. ¿Por qué? Porque el que ha venido a pagar los platos rotos de tantos desaciertos, negligencias y deficiencias, ha sido el obrero, que si no gana, no gasta y no paga lo que debe. Sería curioso el estudio,—en los informes debe constar—del capital perdido por las grandes empresas en obras mal planteadas y del capital artificial con que algunas figuran, capital que siendo muy desproporcionado al valor efectivo de las explotaciones, no rinde el interés que se pide y obliga a esas famosas economías que siempre terminan en rebaja de jornales, pero no de gastos supérfluos.

Sin ser mal pensados, podríamos suponer, que la crisis es efectiva, no sin dejar de hacer un pequeño esfuerzo de represión mental. ¿A qué se debe entonces? Esto si que no lo sabemos a pesar de la bulla que se ha metido, y de los argumentos alegados que no convencen ni a los que los propalan. ¿Y si siendo efectiva, no tuviera solución? Pues esto pudiera suceder, y quizá esto sea lo probable para muchas naciones, en vista de la preponderancia del combustible líquido, de la hulla blanca, de la electrificación. Algo así apunta en los estudios que hemos podido ver de economistas extranjeros. En cuyo caso,

no hay más remedio que decir la verdad, y afrontar el peligro buscando medios de superación que hoy nadie indica. Claro que a los que no tenemos una peseta, nos es fácil meternos con los capitalistas roñosos e ignorantes que no saben colocar sus capitales sino en el papel del Estado y no fomentan ni crean nuevas industrias, pero lo cierto es que todas las naciones hacen frente a esos acontecimientos con empresas y planes de los que son buen ejemplo los trazados por Herriot en su libro *Crear*. Para el mundo empezó otra época de concentración e intensificación productiva análoga a la del siglo XIX cuando el maquinismo desalojó de sus posiciones al artesano. De aquí se deduce que la crisis viene a resultar una crisis de crecimiento y ¡pobre del país que se quede atrás! ¡pobres de los que invoquen única y exclusivamente el proteccionismo hipotecando a la generación presente en daño de las generaciones futuras!

En fin de cuentas, quizá lo más seguro es que esto no tenga solución ni en Inglaterra ni en España, o la solución venga de China. El capitalismo y la democracia de Europa han demostrado con la guerra su absoluta incapacidad para regir los destinos del mundo. Y que no nos vengan ahora con aquello de la democracia y la libertad, la pobrecita Bélgica y la perversa Alemania, que hoy (el que no lo sabe es por que no quiere), nadie ignora que aquel formidable juego de bolos estaba perfectamente armado y tenían preparada la partida tirios y troyanos. Por las trazas parece que nadie se enmendó; existen ejércitos numerosos como nunca, armamentos superiores a los que se construyeron en plena guerra, y tantas ganas de pelear por la libertad y la democracia como antes. A nosotros nos entró la chinita esta del carbón y hemos convertido los molinos en gigantes. Pensando que Inglaterra tiene dos millones de obreros parados y Alemania uno y medio, nos reimos de nuestras capacidades que se asustan y no saben resolver el destino de dos mil mineros. ¡Pero qué van a resolver si sólo son cuatro y andan a la greña, cada uno por su lado!

Dentro de unos meses volverán a tocar las campanas a vuelo. Oiremos a los retóricos profesionales mentar al «Plus-Ultra» y a Lepanto... para terminar pidiendo al gobierno que no quite las primas. Los botafumeiros de la prensa oscurecerán el ambiente para que no veamos nada, marcharán en triste caravana otros dos o tres mil obreros en busca de una patria más nutritiva, y los demás, quedaremos, resignados, esperando el cisco final.

JOSÉ LOREDO APARICIO.

LIBROS

Juan José Morato:
«La cuna de un gigante.
Historia de la Asocia-
ción general del Arte de
imprimir.»—Prólogo de
Antonio García Queji-
do. Epílogo de Matías
Gómez Lator e. Madrid
1925. :-: :-: :-: :-:

¡Qué curioso y qué sugeridor libro! Interesante en múltiples aspectos. Yo quisiera cuando menos apuntarlos.

De fuera adentro. Historia de una sociedad obrera, la de tipógrafos de Madrid; es un estudio de historia social, económica y política. Sin alarde, psicología de la evolución obrera en Madrid o dirigida por Madrid. A cuantas reflexiones podrían incitar hechos como el de que los ensayos de dirección de toda España desde Barcelona han fracasado por desvío, no del resto de España, sino de Cataluña. Ejemplo: la Unión general de trabajadores. (Medítelo el fino escritor *Gaziel*.) Sentido de organización y rápida percepción de las ideas en los tipógrafos: y el reverso, un légamo de conservatismo. (Característica internacional Lenin decía: La revolución se hará a pesar de los campesinos y de los tipógrafos.)

Este libro ha sido publicado por la Sociedad misma, caso que atestigua una cultura y una preocupación intelectual admirables; una comprensión vivísima del interés histórico que para el conocimiento de la civilización tiene este género de trabajos y quizá también un perfecto juicio del papel que en lo venidero han de desempeñar las organizaciones proletarias. Y ha dado aún *El Arte de Imprimir*, otras dos pruebas extraordinarias de capacidad: la designación de cronista y el respeto absoluto a su labor dejándole en plena independencia. Esta conducta, es para mí de tal relieve moral que obliga a reconocer qué progresos ha realizado, en su elevación íntima, la clase obrera española.

J. J. Morato es el cronista. Ninguno mejor. Morato une al conocimiento interno del proceso obrero español por haberlo vivido, la ininterrumpida atención objetiva, que desdoblándose, le ha prestado. Yo creo que a Morato, de niño, al entrar en la primera imprenta, le advirtieron que había de ser el historiador de sus compañeros de clase, y así, siempre observó, apuntó y recogió documentos.

Y además Morato es un escritor, un excelente escrito; un poco clasicista, un poco—en serio—académico. (Yo siempre he protestado contra la injusticia y el absurdo que supone el que los tipógrafos no tengan representación en la Academia cuando son los únicos que luchan por sus fueros y los que nos imponen las innovaciones de la Docta Corporación). Con esto quiero decir que escribe en un estilo limpio, flúido, agradable, pero con una tendencia al giro añejo. ¿No es verdad *arraez Maltrapillo*? Pero este academicismo, este purismo, está más que compensado (¡qué herejía!) con una gran delicadeza de espíritu y una contenida emoción.

Porque, esta obra, no es como pudiera suponerse una cinta inacabable de sucesos sino unas amenísimas memorias, llenas de anécdotas y de retratos y este es otro de los puntos por los que atrae el libro. En España carecemos de relaciones de contemporáneos por eso nuestra historia íntima es tan difícil de hacer. Pues el libro de Morato como aquel otro ¡tan estupendo! de Anselmo Lorenzo: *El proletariado militante*, son relaciones de una época histórica, vista desde un taller, desde un centro obrero, desde unas ideas.

El prólogo y el epílogo van a manera de moraleja: García Quejido y Gómez Latorre. El hombre de fe, insaciado, que anhela un porvenir más alto y el escéptico, satisfecho de lo que se alcanza. Dos espíritus en pugna.

Tal es el volumen del que no hago más que esbozar las calidades. Con él ocupa un puesto en la historia moderna el cajista madrileño, ese mismo cajista que entró en la literatura triunfalmente por obra y gracia de Ricardo de la Vega con el *Julián*, de *La verbena de la Paloma*.

M. NÚÑEZ DE ARENAS.

* * *

«Pomarada Asturiana», por
Rafael Riera.—«Colección
Contemporánea».—Espasa-
Calpe.—Madrid :-: :-: :-: :-:

No muy lejana aún la aparición de la novela dramática «Calor Cordial», Rafael Riera acaba de lanzar al mercado literario nacional otra obra que es, en términos concretos, un oloroso y sazonado fruto de la tierra asturiana.

Esta nueva producción que por realce pro-

pio viene engarzada a las obras de las firmas más prestigiosas del intelectualismo contemporáneo, conduce a su autor hacia esa incitadora glorieta arborizada de gentiles encantos que el gran crítico de la literatura actual, Cansinos Assens, ha edificado y conserva señera de gracia para los sutiles y medulares cantores de la provincia.

Motivos de provincia, es decir, aires, percepciones, y almas de un acantonado lugar, es lo que nos ofrece en su flamante y bien cincelado récipe este escritor, cuya génesis literaria y valores constructivos, se muestran con propia entereza al lector y para quien desde hoy se le reservará, por unánime complacencia, un preferente puesto en el templo donde se adjudica el mérito y la estimación pública.

Al hablar de motivos de provincia conviene que no se confundan estos que prestigian «Pomarada asturiana» con esa otra propiedad provinciana hiperestesiada de acentos comunes, de temas mal arpegiados cuya constante exhibición tanto hieren las membranas sensibilizadas en el Arte.

Cada provincia cuenta con su gran lote de poetas y productores de prosa. Es una fauna que brota cual planta prolífica de la tierra. Pero de tantísimo cantor generado por el polen regional, escasos son los que consiguen remontar el vuelo y se hacen oír en otras lindes con dulcísimo embeleso.

Si por vía de ejemplo circunscribimos el hecho a la comarca asturiana, percibiremos al punto de extender la lente reflexiva por el radio de la literatura actual elevada a categoría nacional, que es una de las regiones que menos valores entrega al Arte; que en estos órdenes figura por bajo no ya de Vasconia, sino de la misma Galicia, por no referirnos más que a la parte Norte y Noroeste de España.

Asturias ha sido poco derramada en la literatura de alto rango. Su esencia, características de paisaje y de cielo, lo han propugnado con doble fuerza y logro de acción sus pintores.

Y he aquí que, a pesar de todo, volviendo a la primera intención del asunto, Asturias anida en su propio corazón cuantiosos poetas, cuyas liras arrullan y encarecen con singular insistencia y de tal suerte la belleza común y el halo seductor del suelo, que de poseer como no poseen, cierta entonación mágica, volviérase la Región entera un hechizo y sus moradores personajes de leyenda encantados.

Para mal de todos el módulo asturianista no vibra suficientemente, dándose por lo tanto, el lamentable caso que los que menos glorifican el nombre y las excelencias de Asturias son los llamados asturianistas por antonomasia. Con esto, queremos expresar que no

basta querer cantar. Como importa muy poco señalar a cada hora que se lleva la tierra en el corazón. Para atraer la atención ajena sobre las características de determinado lugar y promover hacia él un orden de simpatías, es indispensable volcar en las producciones elementos de interés perdurable, fragancias y soluciones puras de arte.

Sólo así se puede remover el gusanillo de lo distante y captar la voluntad perviviente de lo propio y de lo inmediato.

La pauta nos la suministran harto elocuentemente estas diversas narraciones que integran el reciente libro de Rafael Riera, en el cual su experimentada pluma ha vertido el alma integral de Asturias, de una Asturias radiante de verismo, sin tropos, sin protuberancias líricas. Las gemas, los tipos, y el efluvio sentimental de la tierra, se proyectan y adquieren en «Pomarada asturiana» perfiles y contornos seductores merced a la irradiación fina del matiz, a la depuración de la técnica constructiva, especialmente trabajada, y por regla de conjunto, a las polifonías artísticas reveladoras en su función de un rico temperamento, de un buen trenzador de novelas.

Pero todo ello muy disuelto, muy transparente en el curso de las narraciones que presenta, como si quisiera, obedeciendo a un fin, impregnar el espíritu del lector dulcemente de todas las gamas y sabores, con el penetrativo propósito de alcanzar por medio de aleaciones genéricas un suave contagio de valores y purezas asturianas.

El bable pocas veces se ha empleado mejor. Ni tan clarificado ni con más sentido filológico. No invade el libro a modo de torrentera, sino que aunque parezca extraño, tratándose de un libro cuyo título denuncia perspectivas netamente astures, figura como elemento de menor cuantía. Ya el autor se zafa de toda responsabilidad posterior en las líneas proemiales, en las cuales niega al dialecto astur virtud como lengua viva y como elemento de incorporación sustantiva. Sin embargo, prescindir de él en determinados momentos hubiera equivalido a matar el tono de la obra y falsear en parte el carácter y la acción de los personajes. De ahí que, con buen acuerdo, haya abierto cauce sereno al limo dialectal, cuya esencia, diluída por los intersticios paginales, genera el color y sabor cantonal de la narración, e imprime vibración y solera al diálogo.

Calando un poco más las propiedades intelectuales desarrolladas en «Pomarada asturiana» nótase que se destacan, con particular relieve, aquellas que contribuyen a la formación y al desenvolvimiento temático, las que germinan el asunto vital y le siguen en su derrotero orgánico sin fuerza de recurrir al auxilio paisajista y sin tener que buscar el efecto de la amenidad y de la sugestión en el pa-

tetismo y en la dilatación barroca de los coloquios amorosos.

Conviene sobre todo que esta gran facultad no quede soterrada por la crítica, ni que pase desapercibida a la mirada superficial y conjuntiva del lector.

Idear un asunto, trazar la gravedad de su línea y desarrollarle felizmente sin valerse de tan poderosos recursos como son el amor y la Naturaleza no es poca cosa dentro de las esferas del Arte. Decir esto, no es indicar que «Pomarada Asturiana» carezca de escenografía y que de su cuerpo armónico no emerjan, como de la tierra, los tonos y la riqueza lírica. En sus páginas figura recogido admirablemente el ambiente de la región. Lo que ocurre, es que, en vez de cantar y más cantar reflejando módulos y produciendo reverberaciones soberbias y deslumbrantes, narra, sostiene un dulce e intermital soliloquio cuyo vigor creativo y fuerza moviente, al chocar con la realidad empapada de tintas, producen el iris de la potencialidad lírica, del humorismo, y de sus otras características.

Para proyectar la perspectiva del lugar donde gestan los personajes sus sentimientos y decires no necesita desplegar ante la retina expectante e imaginativa del lector, anchurosos lienzos recamados de detalles. Le bastan cuatro líneas sumariales logrando perfectamente el objeto sin necesidad de interrumpir el curso de la acción base de la técnica moderna. He aquí cómo de una manera breve y sencillamente singular ciñe el contorno de Lloredo en la narración de «Fray Ejemplo»: «La parroquia de Lloredo es pobre, aunque no misérrima; entre sus colinas, imposibles

para el cultivo, y alternando con sombríos barrancos, muéstranse, como alegres paréntesis de abundancia, cañadas mullidas de verde y jugosa hierba y sembradas de trigo y maíz y en las que suelen erguirse achaparrados manzanos.»

Como asimismo con sólo unos simples y bien articulados trazos carga de emoción lírica y melancólica dulzura la figura fornida y jocunda de *Toño* en el capítulo de «Ida y vuelta» primera narración de la obra y en la que, obedeciendo a las propiedades creadoras ya apuntadas, se destaca la sentimentalidad astur, llegando a su punto culminante cuando al retornar *Toño* a su patria, percibe el celaje que baña su aldea. Hay en este momento una subida emoción producida por la belleza natural que emerge del rastro vital del indiano y de la grata visualidad del lugar amado, sin que para ello se fuerce la paleta ni se abran las compuertas de la emotividad sensibilera.

* * *

El total de las narraciones son seis, así tituladas: «Ida y vuelta»; «Almas en pena»; «Un tonto»; «Fray ejemplo»; «El pollín de Pachu Lafora» y «Un desahuciado»; más las escenas: «Una esfoyaza» y «Una espicha».

Todas esmeradamente escritas y admirablemente vertebradas. Con suficiente matiz y colorido unas, con sobrado interés anecdótico y humanismo otras. Un libro ameno, claro, de sabor astur, sin adiposidades. Un libro que afirma a su autor como escritor y le conduce subrayémoslo una vez más—a la gran órbita del intelectualismo consagrado.

EUGENIO DOMINGO



Delegaciones y puntos en que se vende VERBA

En España

Alava.—*Vitoria.*—Doña Marcela Alonso; Plaza de Bilbao.

Albacete.—D. F. del Campo Aguilar; Serrano Alcázar, 4.

Albacete.—*Almansa.*—D. Pedro Martínez.

Alicante.—D. José Irlés Negro.

Barcelona.—Central Repartidora; Ciegos de la Boquería.

Cáceres.—D. Joaquín Criado Romero; Postigo, 3, 2.º.

Cádiz.—García Castellón, San Francisco, 31

Cádiz.—*Jerez de la Frontera.*—D. Domingo Beas Alvarez; Molineros, 7, y D. Miguel Gener; Duque de Almodóvar.

Canarias.—*Las Palmas.*—D. Enrique Ramón Catalán; Canalejas, 37.

Canarias.—*Santa Cruz de Tenerife.*—don Francisco Martínez Viera; Alfonso XIII, 68.

Castellón.—D. José Castelló y Arroyo.

Córdoba.—Juan Font Naves; S. Fernando, 34

Coruña.—D. Miguel Taboada Bayolo; Cuesta de San Agustín, 16.

Coruña.—*Santiago.*—Sres. Cimadevilla y Porto.

Gerona.—*Port Bou.*—D. E. San Cristóbal, Pozo, 3.

Granada.—*Nicolás.*—Ramiro Rico; Arriola, 4, 2.º

Guadalajara.—D. Luis Martín; Miguel Fluiters, 39.

Guipúzcoa.—*San Sebastián.*—D. Matías Barba Cañas; Vergara, 9.

Jaén.—D. Ramón Pardiñas Trujillo.

Málaga.—Enrique Rivas Beltán; Marqués de Larios, 2.

Murcia.—José M.ª Romero; Príncipe Alfonso, 62.

Murcia.—*Cartagena.*—D. Joaquín Moncada Moreno; Plaza San Ginés, 1.

Salamanca.—Sra. Viuda de Leonardo Pedraz; Doctor Riesco, 92, principal.

Santander.—D. Vicente Rasilla; 1.º de Mayo, 16.

Sevilla.—Viuda de Tomás Sanz; Sierpes, 90

Tarragona.—D. Pedro González López; Plaza del Pallol, 5.

Toledo.—D. Ramón Garrido; Plaza Zocodover, 44.

Valencia.—D. A. Tarín Sales; Cuarte, 54.

Valencia.—*Játiva.*—D. Eduardo Morales.

Valladolid.—D. Alejo Montero; Ferrari, 4 y 6.

Vizcaya.—*Bilbao.*—D. Manuel Miñambres; Gran Vía, 6.

Zamora.—D. Victoriano José Velasco y don Alfonso Ramírez.

Zaragoza.—Cecilio Gasca; Coso, 31.

Próxima aparición de

"Bufones y Poetas"

Resumen de la polémica entre

VASCONCELOS y SANTOS CHOCANO

CALZADOS

≡ DERBY ≡

SON LOS PREFERIDOS

GUMERSINDO AZCÁRATE, 10

≡ GIJÓN ≡

'FINCA SOMONTE'



Jardinería :-: Ar-
boricultura
Borticultura
Ornamentación
:-: floral :-:

EUSEBIO MIRANDA, 8

≡ GIJÓN ≡